

Niccolò Ammaniti

Que empieza
la fiesta



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Niccolò Ammaniti

Que empiece
la fiesta



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*A Anatole,
que me sacó de una caja*

Suicide is painless
It brings on many changes...
The game of life is hard to play
I'm gonna lose it anyway
The losing card I'll someday lay
So this is all I have to say.

MASH, *Suicide Is Painless*

Eres fuerte, eres guapo, eres invencible,
eres incorruptible, eres un... Ja... Ja... Cantautor.

EDOARDO BENNATO, *Cantautore*

En una mesa de la pizzería Jerry 2 de la localidad de Oriolo Romano se hallaban reunidas las Bestias de Abadón.

Su líder, Saverio Moneta, alias Mantos, estaba preocupado.

La situación era grave. Si no se hacía nuevamente con el mando de la secta, aquélla podía ser la última vez que se reunían.

Ya hacía tiempo que empezó la fuga de miembros. El primero en irse fue Paolino Scialdone, alias el de la Hoz, que los plantó un buen día para entrar en los Hijos del Apocalipsis, un grupo satánico de Pavía. Unas semanas después, Antonello Agnese, alias Molten, se compró una Harley Davidson de segunda mano y se unió a los Ángeles del Infierno de Subiaco. Y, por último, Pietro Fauci, alias Nosferatu, mano derecha de Mantos e histórico fundador de las Bestias, se casó y abrió una tienda de aparatos de calefacción en la localidad toscana de Abetone.

Quedaban cuatro miembros.

Era preciso hablar muy seriamente, meterlos en vereda y captar nuevos adeptos.

—¿Tú qué tomas, Mantos? —le preguntó Silvietta, la vestal del grupo, una pelirroja enjuta con un par de ojuelos redondos y saltones, unas cejas finas muy altas y sendos aros de plata en labio y nariz.

Saverio miró distraídamente la carta.

—No sé... ¿Una pizza marinara? No, que me repite el ajo... Los pappardelle mejor.

—Los cocinan unos ignorantes, pero están buenos —aprobó Roberto Morsillo, alias Murder, un gordinflón de casi dos metros de altura, con el pelo largo teñido de negro y unas gafas grasientas, que llevaba una camiseta deshilachada de los Slayer. Era de Sutri, estudiaba derecho en Roma y trabajaba en el Bricocentro de Vetralla.

Saverio miró a sus discípulos de hito en hito. Pasaban todos de los treinta pero seguían vistiendo como pobres heavies. Y eso que siempre les decía: «Tenéis que parecer normales, fuera esos piercings, esos tatuajes, esos clavos...» Pero nada, no hacían ni caso.

Es lo que hay, pensó resignado.

Mantos alzó la mirada. Se reflejaba en el espejo de la Cerveza Moretti que colgaba al otro lado de la barra: delgado, de un metro setenta y dos de alto, con gafas de montura metálica, pelo oscuro peinado con raya a la izquierda, camisa de manga corta azul claro abotonada hasta el cuello, pantalones de pana azul oscuro, mocasines.

Un tío normal. Como los grandes paladines del Mal: Ted Bundy, Andrei Chikatilo, Jeffrey Dahmer, el caníbal de Milwaukee; gente con la que uno podía cruzarse por la calle y por la que nadie daría un duro. Y sin embargo eran los hijos predilectos del Demonio.

¿Qué haría en mi lugar Charlie Manson con discípulos tan lamentables como éstos?

—Maestro, tenemos que hablar contigo... Hemos pensado una cosa sobre la secta... —espetó Edoardo Sambreddero, alias Zombi, el cuarto del grupo, un tío flaquísimo que no podía comer ajo, chocolate ni bebidas gaseosas. Padecía esofagia congénita. Ayudaba a su padre a montar instalaciones eléctricas en Manziana—. Técnicamente, nosotros, como secta, no existimos.

Saverio comprendió lo que quería decir el adepto, pero fingió no entender.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto hace del juramento de sangre?

Saverio se encogió de hombros.

—Como un par de años.

—Por ejemplo, en Internet nunca hablan de nosotros. Y de los Hijos del Apocalipsis, un montón —susurró Silvietta, en voz tan baja que nadie la entendió.

Zombi señaló al jefe con un bastoncillo de pan.

—¿Y qué hemos hecho en todo este tiempo?

—Eso, ¿qué hemos hecho, de todo lo que nos prometiste? —insistió Murder—. Sacrificios humanos, ni uno, y eso que nos dijiste que haríamos cantidad. ¿Y ritos de iniciación con vírgenes? ¿Y orgías satánicas?

—Hombre, un sacrificio humano sí hicimos, no digáis que no —repuso irritado Saverio—. No saldría bien, pero lo hicimos. Y también una orgía.

En noviembre del año anterior, Murder había conocido en el tren, yendo a Roma, a Silvia Butti, una estudiante de psicología. Resultó que tenían muchas cosas en común: los dos eran forofos del Lazio, a los dos les gustaban las películas de terror, los Slayer y los Iron Maiden, el viejo heavy metal de los años ochenta. Empezaron a chatear por Internet y a verse en la romana via del Corso los sábados por la tarde.

A Saverio se le había ocurrido sacrificar a Silvia Butti en el bosque de Sutri.

Pero había un problema: la víctima debía ser virgen.

Murder había dado su palabra:

—Lo he intentado por todos los medios, pero no he podido tirármela.

Zombi se echó a reír.

—No has pensado que a lo mejor no quiere follar con un gordo como tú.

—Capullo, es que ha hecho voto de castidad. Es cien por cien virgen. Además, digo yo, y si no lo fuese, ¿qué?

Saverio, maestro y teórico del grupo, se mostró preocupado.

—Pues que sería bastante grave. El sacrificio no serviría, o peor, podría volverse en nuestra contra. Las potencias infernales, insatisfechas, podrían atacarnos y destruirnos.

Tras horas de debate y consultas en Internet, las Bestias concluyeron que la doncellez de la víctima no era un requisito indispensable. Y trazaron un plan.

Murder invitó a Silvia Butti a cenar en Oriolo Romano. A la luz de las velas, le ofreció croquetas y filetes de merluza y le dio a beber una cerveza enorme en la que había disuelto tres pastillas de Rohypnol. Al acabar la cena la estudiante apenas se tenía en pie y farfullaba cosas sin sentido. Murder la cargó en el coche y con la excusa de ver amanecer en el lago de Bracciano la llevó al bosque de Sutri, donde las Bestias de Abadón erigieron un ara sacrificial con bloques de toba, desnudaron a la muchacha medio inconsciente y la tendieron sobre el altar. Saverio invocó al Maligno, le cortó la cabeza a una gallina y roció con sangre el cuerpo desnudo de la joven, tras lo cual se la pasaron por la piedra uno tras otro. Luego excavaron un hoyo y la enterraron viva. Y así, consumado el rito, pudo la secta emprender su viaje a las oscuras regiones del Mal.

Lo malo fue que tres días después, saliendo del cine Flamingo, donde habían visto *La matanza de Texas: el origen*, las Bestias se encontraron con Silvia, que estaba sentada en un banco del parque comiéndose un bocadillo. No recordaba mucho de la velada, pero tenía la sensación de haberlo pasado bien. Les contó que, cuando despertó, se hallaba cubierta de tierra pero pudo salir a la superficie.

Saverio la captó en calidad de sacerdotisa oficial. Y poco después ella y Murder se hicieron novios.

—Sí, es verdad, la orgía la habéis hecho —dijo Silvieta sonriendo con embarazo—. Me la habéis contado cien veces.

—Sí, pero no eras virgen. Y por tanto técnicamente la misa no valió... —replicó Zombi.

—Pero ¿cómo pudisteis pensar que era virgen? Si mi primera relación...

—El caso —la interrumpió Saverio— es que fue un rito satánico...

Zombi lo atajó:

—Vale, olvidemos el sacrificio. ¿Y qué más hemos hecho?

—Degollar unas cuentas ovejas, ¿o no?

—¿Y qué más?

Sin querer, Mantos alzó la voz:

—¡Y qué más! ¡Y qué más! ¡Las pintadas del viaducto de Anguillara Sabazia!

—Ya ves... ¿Sabes que Paolino y los de Pavía decapitaron a una monja?

Lo único que pudo hacer el líder de las Bestias de Abadón fue beber un vaso de agua.

—¿Mantos? ¿Me oyes? —Murder se llevó la mano a la boca—. Decapitaron a una monja de cincuenta y ocho años.

Saverio se encogió de hombros.

—La gilipollez de siempre. Paolo quiere darnos rabia porque se arrepiente de habernos dejado. —Pero tenía la impresión de que no era ninguna gilipollez.

—¿Es que no ves los telediaristas? —prosiguió Murder, implacable—. ¿Te acuerdas de la monja de Caianello a la que encontraron sin cabeza cerca de Pavía?

—¿Y qué?

—Fueron los Hijos del Apocalipsis. La secuestraron en una parada de autobús y Kurtz le cortó la cabeza con un hacha de doble filo.

Saverio detestaba a Kurtz, el líder de los Hijos del Apocalipsis de Pavía. Siempre era el primero de la clase, el

que hacía las cosas más impresionantes. ¡Muy bien, Kurtz! ¡Enhorabuena! ¡Eres el mejor!

Se pasó la mano por la cara.

—Vale, tíos... Tened en cuenta que ha sido una época muy dura para mí, el nacimiento de los gemelos, la puñetera hipoteca...

—¿Cómo están los pequeños, por cierto? —preguntó Silvietta.

—Hechos dos máquinas de comer y cagar. Y por la noche no nos dejan pegar ojo. Y encima tienen rubeola. Y para colmo han operado de la cadera al padre de Serena y he tenido que cargar solo con la tienda de muebles. ¿Así cómo voy a organizar nada para la secta?

—Oye, ¿no tendrás algo de ocasión? —preguntó Zombi—. Quiero comprarme un sofá cama de tres plazas, el que tengo me lo ha destrozado el gato.

El jefe de las Bestias no escuchaba, pensaba en Kurtz Minetti: alto como un pino, pastelero de profesión, ya había prendido fuego a un vendedor de aspiradoras y ahora le cortaba la cabeza a una monja.

—Además, sois unos ingratos. —Y los señaló uno a uno—. Yo me he dejado la piel por la secta. Si no es por mí, que os inicié en el culto a los Infiernos, aún estaríais leyendo *Harry Potter*.

—Ya, Saverio, pero enténdenos también a nosotros. Creemos en el grupo, pero así no podemos seguir. —Murder mordió un bastoncillo, nervioso—. Lo mejor es que olvidemos la secta y sigamos siendo simples amigos.

Enfadado, el jefe de las Bestias dio un manotazo en la mesa.

—Hagamos una cosa. Dadme una semana. Una semana no se le niega a nadie.

—¿Para qué?

—Porque estoy planeando algo muy gordo, una acción sonada... —Hizo una pausa—. Pero no podréis rajaros. Porque de boquilla todo el mundo es muy valiente, pero luego, a la hora de la verdad... —Y con voz lastimera—: «Perdona, es que no puedo... Es que tengo problemas en casa, mi madre no está bien... Tengo que trabajar...» —Y miró particularmente a Zombi, que bajó la cabeza con aire culpable y se quedó mirando el plato—. No. Aquí nos la jugamos todos.

—¿Y no puedes adelantarnos nada? —preguntó Murder tímidamente.

—¡No! Sólo puedo deciros que pasaremos a ocupar el primer puesto de las sectas satánicas de Italia.

Silvietta lo tomó por la muñeca.

—Por fa, Mantos, dinos algo... Me muero de curiosidad...

—¡No! ¡He dicho que no! Tenéis que esperar. Si dentro de una semana no os traigo un proyecto serio, se acabó, disolvemos la secta y adiós muy buenas. ¿Estáis de acuerdo? —Se levantó. Los ojos negros se le pusieron rojos con el reflejo de las llamas del horno—. ¡Y ahora, discípulos, tributadme honores!

Los adeptos bajaron la cabeza. El líder alzó los ojos y extendió los brazos.

—¿Quién es vuestro padre carismático?

—¡Tú! —dijeron las Bestias a coro.

—¿Quién ha escrito las Tablas del Mal?

—¡Tú!

—¿Quién os ha enseñado la Liturgia de las Tinieblas?

—¡Tú!

—¿Quién ha pedido los pappardelle con liebre? —preguntó el camarero, que traía en los brazos una pila de platos humeantes.

—¡Yo! —respondió Saverio alargando la mano.

—Cuidado que quema.

El líder de las Bestias de Abadón se sentó y empezó a comer en silencio.

2

A unos cincuenta kilómetros de la pizzería Jerry 2, en Roma, capital de Italia, el conocido escritor Fabrizio Ciba subía, montado en una Vespa de tres marchas, la cuesta de Monte Mario. Se detuvo ante un semáforo y enfiló luego via della Camilluccia. Dos kilómetros más adelante paró ante un cancel de hierro abierto junto al que colgaba una placa de latón en la que decía: «Villa Malaparte».

Metió la primera, y ya se disponía a emprender la subida de la larga cuesta de gravilla que llevaba a la villa, cuando se le plantó delante un gorila enfundado en un traje de franela gris:

—¡Eh, usted! ¿Adónde va? ¿Lleva invitación?

El escritor se quitó el casco con forma de cuenco y buscó en los bolsillos de la chaqueta arrugada.

–No..., no la habré... Se me habrá olvidado...

El segurata se afianzó en las piernas.

–Pues no puede entrar.

–Estoy invitado a...

El otro sacó un papel y se calzó unas gafas de montura roja.

–¿Cómo dice que se llama?

–No lo he dicho. Ciba, Fabrizio Ciba.

El hombre recorrió con el dedo la lista de invitados moviendo la cabeza.

No me reconoce. Fabrizio no se molestó mucho. Estaba claro que el gorila no era un gran aficionado a la literatura, aunque, coño, ¿tampoco veía la tele? Ciba presentaba un programa titulado *Crimen y castigo* que se emitía todos los miércoles por la noche en la Rai 3, pensado para casos como aquél.

–Lo siento. Su nombre no figura en la lista.

El escritor venía a presentar la nueva novela del premio Nobel de Literatura Sarwar Sawhney, *Una vida en el mundo*, que había publicado Martinelli, su misma editorial. El agraciado con el premio de la Academia Sueca tenía setenta y tres años y había escrito un par de libros más gruesos que un manual de derecho. Él, Ciba, y un catedrático de literatura angloamericana de la Universidad La Sapienza de Roma, Gino Tremagli, debían hacer los honores, pero como a este último, un viejo pedante, lo habían invitado simplemente para dar un barniz oficial al evento, le tocaba a Fabrizio desentrañar los secretos arcanos de aquel novelón y darlos como pábulo del público romano, ávido de cultura.

Ciba empezaba a mosquearse.

–Escúchame. Si olvidas esa lista y miras la invitación, la tarjetita rectangular blanca que desgraciadamente no llevo, verás que pone mi nombre, porque soy quien presenta el libro. Si quieres me voy. Pero cuando me pregunten por qué no vine, diré que... ¿Cómo te llamas?

Suerte que en ese momento acudió una azafata, con el pelo corto y rubio y un traje de chaqueta azul oscuro, que en cuanto vio, montado en aquella moto de época, con aquel mechón rebelde y aquellos ojazos verdes, a su autor favorito, por poco se cae redonda.

–¡Deja, deja que entre! –exclamó con voz aguda–. ¿No ves quién es? ¡Fabrizio Ciba! –Y con las piernas tensas de emoción se dirigió al escritor–. ¡Cuánto lo siento! ¡Qué vergüenza! Desaparezco un momento y viene usted...

Lo siento, lo siento... Estoy...

Fabrizio esbozó una sonrisilla satisfecha.

La azafata miró el reloj.

–Es tardísimo. Estarán todos esperándolo. Vaya, vaya, por favor. –Y apartando al guarda jurado de un empujón, le dijo a Fabrizio–: ¿Me firmará el libro después?

Ciba dejó la moto en el aparcamiento y se encaminó a la villa con el paso ligero del corredor de medio fondo.

En eso surgió de entre los setos de laurel un fotógrafo, que, corriendo tras él por la alameda, empezó a gritar:

–¡Fabrizio! ¡Fabrizio! ¿No te acuerdas de mí? Comimos una vez juntos en Milán, en un restaurante... La Compañía de los Navegantes... Yo te invité a mi casa de Pantelleria y me dijiste que a lo mejor vendrías...

Arqueando la ceja, el escritor miró de arriba abajo a aquel hortera despeinado cubierto de cámaras de fotos.

–Claro que me acuerdo. –No se acordaba en absoluto–. Pero es que llego tarde, perdona. Otro día. Me esperan...

–Verás, Fabrizio –insistió el fotógrafo–, estaba lavándome los dientes y se me ha ocurrido una idea genial: fotografiarte en medio de un vertedero ilegal...

En la puerta de la villa estaban su editor, Leopoldo Malagò, y la jefa de relaciones públicas de Martinelli, Maria Letizia Calligari, que le hacían señas de apresurarse.

El fotógrafo apenas podía correr con aquellos quince kilos de material colgado del cuello, pero no desistía.

–Es muy original..., muy fuerte..., la basura, las ratas, las gaviotas... ¿Qué te parece? Para el suplemento de *La Repubblica*...

–Otro día será, perdona. –Y se coló por entre los dos que esperaban.

Rendido, el fotógrafo se inclinó oprimiéndose el bazo.

–¿Puedo llamarte un día de éstos?

El escritor no se molestó en contestarle.

–Fabrizio, siempre igual... El indio llegó hace una hora. El pelma de Tremagli quería empezar sin ti. –Malagò lo empujaba al salón y Calligari, refunfuñando, le metía la camisa.

–¡Vaya facha traes! Pareces un vagabundo. La sala está llena. Ha venido hasta el alcalde. ¡Súbete esa cremallera!

Fabrizio Ciba tenía cuarenta y un años, pero para todo el mundo era un joven escritor. El epíteto, periódicamente repetido en todos los medios de comunicación, ejercía un influjo milagroso en su cuerpo: no aparentaba más de treinta y cinco años, se mantenía delgado y en forma sin ir al gimnasio, y aunque se emborrachaba todas las noches, seguía teniendo la tripa lisa como una tabla.

Lo contrario le ocurría a su editor, Leopoldo Malagò, al que llamaban Leo. Tenía treinta y cinco años pero aparentaba, como poco, diez más. Había perdido el cabello a edad temprana, pero le había quedado una fina pelusa que parecía pegada al cráneo. La columna vertebral se le había torcido siguiendo las formas de una silla Philippe Starck en la que se pasaba sentado diez horas diarias. Las mejillas se le habían descolgado y le cubrían la papada cual piadoso telón. La barba que astutamente se había dejado crecer no era lo bastante espesa para ocultar aquella región montañosa. Tenía un tripón que parecía inflado con compresor. La editorial no escatimaba gastos cuando se trataba de la alimentación de sus editores. Disponían de una tarjeta de crédito especial con la que podían ponerse la botas en los mejores restaurantes, e invitar a escritores, poetas y periodistas a comidas de trabajo. Como resultado de esta política, los editores de Martinelli eran una pandilla de sibaritas obesos, por cuyas venas corrían tan campantes verdaderas constelaciones de moléculas de colesterol. Leo, pese a sus gafitas de concha y a la barba, que lo asemejaban a un judío neoyorquino, y pese a los tersos trajes color verde oliva que vestía, para sus conquistas amorosas debía confiar en su poder, su desenvoltura y su perseverancia obtusa. Lo dicho no valía para las mujeres. Entraban en la editorial como secretarias sosas y con los años iban mejorando merced a las ingentes inversiones que hacían en sus personas. Llegaban a los cincuenta años, sobre todo si desempeñaban cargos representativos, convertidas en tías buenas frías y sin edad. Maria Letizia Calligari era un ejemplo perfecto. Nadie sabía su edad. Unos decían que tenía sesenta bien llevados; otros, que treinta y ocho mal llevados. Nunca llevaba documentos de identidad. Decían las malas lenguas que no conducía por no tener que llevar el carné en el bolso. Antes del Tratado de Schengen iba a la Feria de Frankfurt sola, para que nadie la viera enseñar el pasaporte. Pero una vez cometió un error: un día, en el Salón del Libro de Turín, se le escapó que había conocido a Cesare Pavese.

–Y por favor te lo pido, Fabrizio, no empieces metiéndote con el pobre Tremagli –le rogó Maria Letizia.

–Venga, ánimo. Demuéstrales quién eres. –Malagò empujó a Fabrizio hacia el salón de conferencias.

Cuando salía a la palestra, Ciba tenía un truco: pensaba en Muhammad Ali, el gran boxeador que, camino del ring, se daba ánimos diciéndose: «¡A ése lo destrozo, lo tumbo antes de que se dé cuenta!» Fabrizio dio un par de saltitos, se desentumeció el cuello, se revolvió el pelo y, cargado de energía como una pila, irrumpió en la gran sala pintada al fresco.

3

El líder de las Bestias de Abadón se hallaba al volante de su Ford Mondeo camino de Capranica. Los centros comerciales de aquel tramo de carretera permanecían abiertos hasta tarde y siempre había retenciones de tráfico. A Saverio no solían molestarle los embotellamientos, eran los únicos momentos del día en que podía pensar tranquilamente en sus cosas. Pero ese día llevaba prisa. Serena lo esperaba para cenar, y además tenía que pasar por una farmacia y comprar antipiréticos para los gemelos.

Pensaba en la reunión. Peor no podía haber ido y, como siempre, él mismo se complicaba la vida. ¿Por qué les habría dicho a las Bestias que si no les proponía algo en una semana disolvía la secta? No se le ocurría nada, y sabido es que planear una acción satánica lleva su tiempo. Últimamente había discurrido mucho en ello, pero en vano. El mes de rebajas en la tienda había sido un calvario. De la mañana a la noche allí encerrado sin poder tomarse un respiro, porque entonces el viejo se le echaba a uno encima.

En realidad sí se le había ocurrido algo: profanar el cementerio de Oriolo Romano. En teoría era una buena acción. Debidamente ejecutada, podía resultar de lo más impactante. Pero luego lo pensó mejor y decidió abandonarla. Para empezar, el tráfico ante el cementerio era incesante, por lo que tendrían que ir bien entrada la noche. Pero además la tapia medía más de tres metros de altura y estaba rematada por cascos de botella. A las puertas se reunían pandillas de adolescentes y a veces hasta acudía una furgoneta a vender bocadillos. Y el guarda, que era un ex carabinero medio loco, vivía dentro. Había que actuar en silencio, pero destapar lápidas, sacar ataúdes, remover y amontonar huesos, siempre causa algo de ruido. Saverio había pensado también crucificar cabeza abajo al ex carabinero en el mausoleo de los Mastrodomenico, la familia de su mujer.

Demasiado lío.

Sonó el móvil. En la pantalla apareció: SERENA.

Saverio Moneta le había contado la mentira de siempre: que iba a jugar una partida de Dungeons & Dragons.

Ya llevaba tiempo haciéndose pasar por un campeón de juegos de rol para ocultar sus actividades satánicas. El engaño no se sostendría mucho más tiempo. Serena era desconfiada, lo acosaba a preguntas, quería saber con quién jugaba, si había ganado... Para que se quedara tranquila, un día organizó en casa una partida simulada con las Bestias. Pero cuando vio a Zombi, Murder y Silvietta, su mujer, lejos de tranquilizarse, se volvió aún más recelosa.

Dio un suspiro y contestó.

—Amor, lo sé, llego tarde, pero enseguida estaré ahí. Hay un tráfico tremendo. Habrá habido un accidente.

Serena le respondió con su delicadeza habitual:

—¿Te has vuelto majara o qué?

Saverio se hundió en el asiento del Mondeo.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Hay aquí uno de DHL con un paquete enorme. Pide treinta y cinco euros. Dice que es para ti. ¿Qué, tengo que pagar?

¡Hala! Ha llegado la Durandarte.

Había comprado en eBay una reproducción fiel de la espada de Roldán, el paladín de Carlomagno, espada que, según la leyenda, había pertenecido nada menos que a Héctor de Troya. Pero el descerebrado de Mariano, el portero, tenía que haberla interceptado: Serena no debía enterarse.

—Sí, sí, paga, ahora te devuelvo el dinero —dijo Saverio afectando tranquilidad.

—¿Estás tonto o qué? ¡Treinta y cinco euros! ¿Qué has comprado? —Y dirigiéndose al repartidor—: Me dice por favor qué contiene la caja.

Sintiendo el estómago arderle con una descarga de ácidos pépticos, el gran maestro de las Bestias de Abadón se preguntó por qué huevos habría elegido una vida tan perra. Él era un satánico, un ser atraído por lo ignoto, por el lado oscuro de las cosas. Pero en aquel momento lo único oscuro y desconocido que había en su vida era el porqué de haberse arrojado en brazos de aquella harpía.

—Bueno, ¿qué hay en la caja? —oyó que le preguntaba de nuevo Serena al repartidor, y la voz lejana de éste que respondía:

—Señora, es tarde. Lo pone en el albarán.

Dándose de cabezazos contra el reposacabezas, murmuraba Saverio:

—¡Menudo marrón, menudo marrón!

—Aquí dice que viene de The Art of War de Caserta... ¿Una espada?

Saverio alzó los ojos e hizo un esfuerzo por no gritar.

—¿Para qué quieres una espada?

Mantos sacudió la cabeza. Entonces atrajo su mirada un cartelón que había a la derecha:

LA CASA DE LA PLATA. LISTAS DE BODAS.
REGALOS DE PLATA ÚNICOS Y EXCLUSIVOS.

—Es un regalo, Serena, una sorpresa, ¿entiendes? —contestó con voz más templada.

—¿Un regalo para quién, loco?

—¿Para quién va a ser? Adivina.

—¡Y yo qué sé...!

—¡Pues para tu padre!

Hubo un instante de silencio.

—¿Para mi padre? ¿Y para qué quiere él una espada?

—Pues ¿para qué va a quererla? Para ponerla en la chimenea.

—¿En la chimenea? ¿En la casa de la montaña, dices? ¿En el refugio de Roccaraso?

—¡Pues claro!

—Ah... —dijo Serena en tono repentinamente afable—. No me esperaba de ti el detalle. Queridín, a veces me sorprendes.

—Bueno, te dejo, que conduciendo no se puede hablar por teléfono.

—Bien, pero no tardes.

Saverio cortó la comunicación y arrojó el móvil a la bandeja del salpicadero.

El salón de actos de Villa Malaparte estaba repleto. Mucha gente había tenido que quedarse de pie en los pasillos laterales. En el suelo, ante la mesa de los conferenciantes, había universitarios sentados con las piernas cruzadas, y otros se habían acomodado en la repisa de las ventanas. Casi extrañaba que no hubiera nadie colgado de las lámparas de Murano.

En cuanto el primer fotógrafo avistó al escritor, empezaron a dispararse flashes. Trescientas cabezas se volvieron y se hizo un silencio seguido de un murmullo creciente.

Ciba avanzaba observado por trescientos pares de ojos. Se dio la vuelta un momento, bajó la cabeza, se tocó el lóbulo de la oreja y puso una mirada temerosa queriendo parecer torpe y azorado: como un marciano aparecido de pronto en la tierra. Enviaba un mensaje corporal claro: Soy el escritor más grande del mundo, pero también puedo llegar tarde, porque no dejo de ser una persona normal, como vosotros. Se presentaba exactamente como quería presentarse: un hombre joven y atormentado que vivía en las nubes, con chaqueta de paño con coderas y llena de arrugas, pantalones dos tallas más grandes (se los mandaba hacer en un kibutz del Mar Muerto), chaleco comprado en una tienda de beneficencia de Portobello, viejos zapatos Church's que le regalaron cuando se licenció, nariz más bien pequeña y un rebelde mechón de pelo que le caía por los ojos verdes: toda una estrella, un actor inglés que tenía el don de escribir como Dios.

Camino de la mesa, estudió la composición del auditorio. Estimó que un diez por ciento eran autoridades; un quince, periodistas y fotógrafos; un cuarenta o más, estudiantes, sobre todo chicas cargadas de hormonas, y un treinta y cinco, mujeres en edad menopáusica. Y luego calculó la proporción de ejemplares de su libro y del libro de hindú que aquella buena gente sostenía contra el pecho. Fácil. El suyo era de color azul claro y tenía el título en rojo vivo; el del hindú, blanco con las letras en negro. ¡Y más del ochenta por ciento eran azules! Logró abrirse camino entre los últimos grupos de asistentes, que le estrechaban la mano y le daban palmadas como si fuera un triunfador.

Llegó por fin a la mesa de conferencias. El escritor hindú estaba sentado en el centro; parecía una tortuga a la que hubieran quitado el caparazón y puesto una túnica blanca y un par de gafas de montura negra. Tenía una expresión plácida y dos ojillos acuosos y distantes. Una capa de cabellos negros peinados hacia atrás con brillantina lo ayudaba a no parecer una momia egipcia. Cuando vio a Fabrizio, Sawhney inclinó levemente la cabeza y juntó las manos a guisa de saludo. Pero lo que polarizó la atención de Ciba fue la criatura femenina que había sentada a su lado: de unos treinta años, sangre mestiza hindú y caucásica, podía ser una modelo, aunque las gafitas que llevaba calzadas sobre la naricilla le daban aspecto de maestra. Tenía el pelo largo mal recogido con un palillo chino, y unos mechones negros como el alquitrán le caían por el fino cuello. La boca, pequeña y de labios carnosos, perezosamente abiertos, resaltaba como una ciruela madura sobre la barbilla afilada. Vestía una blusa de lino blanca con el escote justo para dejar adivinar un pecho ni pequeño ni opulento.

Talla mediana, calculó Fabrizio.

Tenía los brazos color de bronce y las muñecas finas, cargadas de pesadas pulseras de cobre. Y llevaba las uñas pintadas de negro. Al tomar asiento, Fabrizio echó un vistazo bajo la mesa, para ver si también allí estaba bien: llevaba una falda oscura que dejaba a la vista unas piernas elegantes, tenía los pies pequeños, calzados con sandalias griegas, y las uñas pintadas también de negro, como las de las manos. ¿Quién era aquella diosa bajada del Olimpo?

Tremagli, sentado a la izquierda, levantó la mirada de sus papeles con severidad.

—Bueno, el señor Ciba se ha dignado llegar... —Y se miró el reloj de pulsera con gesto ostensible—. Si a usted le parece bien, creo que podemos empezar.

—Me parece bien.

A Fabrizio Ciba el nunca bien ponderado profesor Tremagli le tocaba bastante los huevos, hablando en plata. Aunque nunca lo había criticado en sus venenosas reseñas, tampoco lo había elogiado. Para el profesor Tremagli, su obra sencillamente no existía. Cuando hablaba del deplorable estado actual de la literatura italiana, empezaba encomiando a una serie de escritorillos a los que sólo él conocía y que podían darse con un canto en los dientes si vendían mil quinientos ejemplares. Pero jamás una mención, un comentario sobre Fabrizio. Y un día, a la pregunta directa de un periodista: «Profesor, ¿cómo explica el fenómeno Ciba?», contestó: «Suponiendo que se trate de un fenómeno, es un fenómeno pasajero, como esas borrascas que tanto temen los meteorólogos pero que pasan sin causar daños», añadiendo: «Pero debo decir que no lo he leído con atención.»

Al leer aquello, Fabrizio, echando espumarajos por la boca, se abalanzó sobre el ordenador y empezó a escribir una réplica fogosa que mandaría publicar en la portada de *La Repubblica*. Pero cuando se le pasó la rabia borró el

documento.

La primera norma de todo escritor auténtico es que nunca, ni aun en el lecho de muerte, ni aun bajo tortura, debe responder a una crítica. Todo el mundo espera que caiga en la trampa de la réplica. No, hay que ser intangible como los gases nobles y distante como Alfa Centauro.

Eso sí, tuvo impulsos de esperar al viejo en la puerta de su casa para arrebatárle el puto bastón que siempre llevaba y darle con él en la cocota como si fuera un tambor africano. ¡Qué gusto! Y de paso habría consolidado su fama de escritor maldito, que a los ataques literarios responde con las manos, como los hombres hechos y derechos, no como los puñeteros intelectuales, que publican repliquillas aceradas en la sección cultural de los periódicos. Lo malo es que aquél, con setenta años, lo mismo se le quedaba en el sitio.

Tremagli, con una voz de hipnotizador, empezó a dar una lección de literatura hindú que se remontaba a los primeros textos sánscritos hallados en tumbas rupestres de Jaipur en 2000 a. C. Fabrizio calculó que tardaría como mínimo una hora en llegar al 2000 d. C. Las primeras que caerían anestesiadas serían las menopáusicas, seguidas de las autoridades y de todos los demás, incluidos él mismo y el escritor hindú.

Ciba apoyó el codo en la mesa y la frente en la mano, con idea de hacer tres cosas:

- 1) averiguar quiénes eran las autoridades presentes;
- 2) averiguar quién era la diosa que tenía al lado;
- 3) reflexionar sobre lo que iba a decir.

Lo primero lo hizo rápidamente. En la segunda fila estaba la editorial Martinelli al completo: Federico Gianni, administrador delegado; Achille Pennacchini, director general; Giacomo Modica, director de ventas, más una serie de redactores, entre ellos Leo Malagò, y todo el gineceo del departamento de prensa. Que hasta Gianni hubiera despegado el culo de la silla de su despacho, significaba que apostaban fuerte por el libro del hindú y esperaban vender algún ejemplar.

En primera fila reconoció además al concejal de cultura, a un realizador de televisión, a un par de actores, a varios periodistas y otras caras vistas muchas veces, aunque no sabía dónde ni cuándo.

En la mesa se veían letreros con el nombre de los participantes. La diosa se llamaba Alice Tyler, y le traducía al oído a Sarwar Sawhney el discurso de Tremagli. El anciano escritor, con los ojos cerrados, asentía moviendo la cabeza con la regularidad de un péndulo. Fabrizio abrió la novela del hindú y descubrió que la traducción era de Alice Tyler. O sea, que no era sólo una intérprete. Empezó seriamente a pensar que había encontrado a la mujer de su vida. Bella como Naomi Campbell e inteligente como Margherita Hack.

De un tiempo a aquella parte venía considerando Fabrizio Ciba la posibilidad de empezar una relación estable con una mujer. Eso quizá lo ayudara a concentrarse en su nueva novela, que llevaba tres años atascada en el segundo capítulo.

¿Alice Tyler? ¿Alice Tyler? ¿Dónde había oído él aquel nombre?

Por poco no se cayó de la silla. Era la misma Alice Tyler que había traducido a Roddy Elton, Irvin Parker, John Quinn y toda aquella ralea de escritores escoceses.

¡Los conocerá a todos! Habrá cenado con Parker, que se la habrá tirado en una casa de okupas londinense, sobre una moqueta cubierta de colillas, jeringas usadas y latas de cerveza vacías.

Le entró una duda devoradora. *¿Habrá leído mis libros?* Tenía que saberlo ya, inmediatamente, era una necesidad fisiológica. *Si no ha leído mis libros ni me ha visto en la tele, a lo mejor se piensa que soy uno de esos escritorzuelos mediocres que van tirando a fuerza de presentaciones y eventos culturales.* Eso su ego no podría soportarlo. Las relaciones de igual a igual, en las que él no era el protagonista, le producían efectos secundarios muy desagradables: sequedad de boca, mareos, vómitos, diarrea. Tendría que seducirla recurriendo solo a su atractivo, su ironía cortante y su chispeante ingenio, en vez de a sus obras. Y eso que no consideraba la posibilidad de que Alice Tyler lo hubiera leído y lo juzgara un mal escritor.

Por último abordó el punto más peliagudo: ¿de qué hablaría cuando el pedante de Tremagli acabase su perorata? Un par de veces había intentado leer el tocho del hindú, pero a las diez páginas prefirió poner la tele y ver los campeonatos de atletismo. Voluntad no le había faltado, pero era un libro mortalmente aburrido. Al final llamó a un amigo, fan suyo, un escritor de Catanzaro, una de aquellas personas serviles y sin talento que lo rondaban esperando nutrirse, como cucarachas, de las migas de su amistad. Aunque al menos aquél tenía cierto ojo crítico y algo parecido a capacidad creativa, y quizá en un futuro indefinido propusiera a la editorial que lo publicara. De momento le encargaba tareas secundarias, como escribirle artículos para revistas femeninas, traducirle textos del inglés, investigar en bibliotecas o, como en este caso, leerse libretos y hacerle reseñas que luego él, en un ratito, se aprendía.

Del bolsillo de la chaqueta, procurando no llamar la atención, sacó las tres páginas que le escribió el amigo.

En público, Fabrizio nunca leía. Prefería improvisar, dejarse llevar por la inspiración. Era famoso por este arte, por la mágica espontaneidad con la que obsequiaba al público. Su mente era un volcán siempre activo, que vomitaba monólogos que fascinaban a todos, desde el pescador de Mazara del Vallo al maestro de esquí de Cortina d'Ampezzo.

Pero ese día lo esperaba una amarga sorpresa. Leyó las tres primeras líneas de la reseña y palideció: hablaba de una saga de músicos que, por un inescrutable destino, se veían obligados a tocar el sitar generación tras generación.

Tomó el libro del hindú. El título decía: *La conjura de las vírgenes*. ¿Por qué entonces hablaba la reseña de *Una vida en el mundo*?

Le entró una terrible sospecha. ¡Su amigo de Catanzaro se había equivocado! El capullo se había confundido de libro.

Leyó desesperado la cubierta del libro. Aquello no trataba ni por asomo de tocadores de sitar, sino de una familia de mujeres de las islas Andamán.

En ese momento concluyó Tremagli su monólogo.

5

Lo reventaba que la Durandarte, que le había costado trescientos cincuenta euros, acabara en la chimenea del suegro. Aquel espadón lo había comprado Saverio Moneta para cargarse al guardián del cementerio de Oriolo Romano, o en todo caso para usarla como arma sacrificial en los ritos de sangre de la secta.

Los coches avanzaban al paso. Las bombillas de colores con las que habían cubierto una fila de palmeras medio heladas reverberaban sobre los maleteros de los Mercedes y los Jaguar aparcados en los concesionarios.

Habrà habido un accidente de verdad.

Saverio puso la radio y buscó la emisora de tráfico. Una parte de su cerebro trabajaba sin cesar en la búsqueda de una acción que proponer a Murder y los demás.

¿Y si matáramos al padre Tonino, el cura de Capranica?

Sonó de nuevo el móvil. *¿Otra vez, Serena? ¡Por favor!* Pero en la pantalla decía: NÚMERO DESCONOCIDO. Debía de ser el viejo cabrón, que quería joderlo y escondía su identidad.

Egisto Mastrodomenico, el padre de Serena, tenía setenta y siete años, pero manejaba los móviles y los ordenadores como un chico de dieciséis. En su despacho del último piso de la tienda de muebles Los Maestros de Hacha Tiroleses tenía una batería de ordenadores conectados a cámaras de vídeo que serían la envidia de un casino de Las Vegas. Los quince vendedores estaban así vigilados toda la jornada como si aquello fuera un reality show. Y él, que era el encargado del departamento de Muebles Tiroleses, tenía enfocándole cuatro objetivos.

No, esta noche no quiero oírlo. Subió el volumen de la radio para ahogar el sonido del móvil.

Mantos padecía de colitis espástica de puro odio a su suegro. El viejo Mastrodomenico no perdía ocasión de humillarlo, de hacer que se sintiera como un inútil, un aprovechado, al que seguía empleando en la tienda porque era el marido de su hija. Lo ponía en evidencia no sólo ante los colegas, sino incluso ante los clientes. Una vez, en las rebajas de primavera, lo llamó necio a gritos con el micrófono encendido. Lo único que lo consolaba era saber que el cabrón no tardaría en palmarla. Y entonces todo cambiaría. Serena era hija única y él pasaría a dirigir la tienda. Aunque, a decir verdad, últimamente casi se preguntaba si el viejo no sería inmortal. Le había pasado de todo. Le habían quitado el bazo, le habían extirpado un quiste del oído que por poco lo deja sordo, tenía cataratas en un ojo. A los setenta y cuatro años se estrelló con el Mercedes contra un tráiler en una gasolinera Agip a doscientos kilómetros por hora y estuvo tres semanas en coma, pero salió aún más pellejo que antes. Tenía cáncer de intestino, pero como era anciano, el tumor no se extendía. Y para colmo, en el bautizo de los gemelos, se había caído por las escaleras de la iglesia y se había roto la cadera, y ahora iba en silla de ruedas y le tocaba a Saverio llevarlo y traerlo del trabajo a casa todos los días.

El móvil seguía sonando y vibrando en la bandeja del cambio de marchas.

—¡Jódete! —le gruñó, pero el maldito sentimiento de culpa que todos llevamos grabado en los cromosomas lo obligó a contestar—. ¿Papá?

—Mantos.

No era la voz del viejo, que además no podía conocer su sobrenombre satánico.

—¿Quién es?

—Kurtz Minetti.

Era el sumo sacerdote de los Hijos del Apocalipsis. Saverio Moneta cerró y abrió los ojos, se aferró al volante con la mano izquierda y con la derecha apretó fuertemente el móvil que, cual pastilla de jabón mojada, se le escurrió y le cayó entre las piernas. Para cogerlo levantó el pie del embrague, y el motor pistoneó y se calentó. Los de detrás empezaron a pitarle.

—Un momento... —le gritó a Kurtz—, estoy conduciendo. Un momento que paro.

Uno que iba en una moto de tres ruedas dio unos golpes en la ventanilla y lo increpó:

—¡A ver qué haces, capullo!

Por fin cogió Saverio el móvil, arrancó el coche y se hizo a un lado.

¿Qué quería Kurtz Minetti?

6

En cuanto Tremagli dio fin a su discurso, el público, que había estado como encogido en sus asientos, empezó a levantarse, estirar las dormidas piernas y felicitarse con palmadas por haber superado tan difícil prueba. Por un instante tuvo Fabrizio Ciba la esperanza de que el profesor hubiera agotado el tiempo disponible y el encuentro acabase allí.

Tremagli miró a Sawhney esperando que comentara algo, pero el hindú sonrió y saludó de nuevo inclinando la cabeza. La patata caliente pasó así a Fabrizio.

—Creo que es su turno.

—Gracias. —El joven escritor se frotó el cuello—. Hablaré poco. —Y dirigiéndose al público—: Les veo algo cansados y sé que allí nos espera un excelente bufé. —Al instante se arrepintió de haber pronunciado estas palabras, que constituían una ofensa pública a Tremagli. Pero vio que los ojos de los presentes brillaban con aprobación.

Buscó algo ocurrente e ingenioso con lo que empezar.

—Ejem... —Se aclaró la garganta, dio un golpecito en el micrófono, se sirvió un vaso de agua, dio un sorbo. Nada. Su mente estaba en blanco, era un cofre vacío, un firmamento sin estrellas, un frasco de caviar sin caviar. Aquella gente había venido de todas partes de la ciudad, tomándose media jornada libre, desafiando el tráfico, no encontrando donde aparcar, para verlo a él, y él no tenía nada que decirles. Miró al público: estaba pendiente de sus labios y se preguntaba por qué no empezaba.

La guerra del fuego.

El recuerdo fugaz de una vieja película francesa vista no sabía cuándo le acudió a la mente como una inspiración divina y estimuló la corteza cerebral, la cual liberó miríadas de neurotransmisores que hirieron los receptores correspondientes, que a su vez activaron las células del sistema nervioso central.

—Perdonen. Estaba pensando en una imagen fascinante. —Se echó el pelo hacia atrás, reguló la altura del micrófono—. Amanece. Es un amanecer turbio de hace ochocientos mil años. Hace frío, no sopla viento. Un desfiladero. Matorrales, pedruscos, arena. Un río. En medio del río, tres seres peludos, de metro y medio de estatura, vestidos con pieles de gacela. La corriente fluye con ímpetu, no es un simple riachuelo, es un río caudaloso, como esos que, muchos siglos después, surcarán familias americanas con chalecos salvavidas a bordo de botes de colores. —Fabrizio hizo una pausa técnica—. El agua es gris y está helada. No les llega más que a las rodillas, pero la corriente es muy fuerte. Nuestros tres personajes están cruzando el río y avanzan con mucho cuidado. Uno de ellos, el más corpulento, con unas trenzas llenas de fango que lo asemejan un poco a un rasta jamaicano, lleva una especie de cesto hecho con ramitas entrelazadas, dentro del cual titila una llamita, una minúscula llamita agitada por el viento, que puede apagarse en cualquier momento y que avivan sin cesar con las ramas y cactus secos que portan los otros dos. Por la noche, cuando duermen acurrucados en cuevas húmedas, se turnan para mantenerla viva. Duermen con un ojo abierto para que el fuego no se les apague. Para conseguir la leña se enfrentan a fieras, a fieras enormes y espantosas, tigres dientes de sable, peludos mamuts, monstruosos armadillos de rabo puntiagudo. Nuestros menudos antepasados no ocupan los puestos cimeros de la cadena alimentaria, no la miran desde arriba. Por encima de ellos hay seres con muy malas pulgas, que tienen dientes afilados como cuchillas y venenos capaces de fulminar a un rinoceronte en treinta segundos, seres llenos de púas y agujones, plantas cuajadas de espinas y tóxicas, minúsculos reptiles que escupen líquidos parecidos a Cif Amoniacal... —Ciba se llevó la mano a la mandíbula y echó un inspirado vistazo a la bóveda pintada al fresco.

El público no estaba ya en la sala, estaba en la prehistoria, esperando a que prosiguiera.

Fabrizio no sabía por qué los había llevado allí ni qué quería decir. Pero no importaba, debía continuar.

—Nuestros tres hombres avanzan por el río. El portador del fuego, el más robusto, va el primero. Con brazos de

hierro sostiene el frágil fuego. Los músculos claman de dolor pero él sigue avanzando. Una cosa no puede hacer: caer. Si cae, se extinguirá la llama que los calienta en las frías noches sin fin, con la que asan las coriáceas carnes de los facóqueros, con la que mantienen alejadas a fieras y alimañas. –Miró de reojo al hindú. ¿Lo escuchaba? Eso parecía. Alice le traducía y él sonreía con la cabeza algo levantada, como hacen a veces los ciegos-. ¿Qué es lo que pasa?, estaréis preguntándoos. ¿Por qué no encienden fuego ellos mismos? ¿Os acordáis de los libros de historia de la escuela? ¿De esas ilustraciones en las que se veía al famoso hombre primitivo con barba y taparrabos frotando dos piedras junto a un fuego que parecía hecho por un experto excursionista? ¿Dónde estarán esas malditas piedras de chispa? ¿Habéis encontrado alguna vez una en algún paseo por el monte? Yo no. Vamos de excursión y nos entran ganas de fumar, estamos echando los bofes pero nos apetece un marlborito... Y resulta que no llevamos mechero. ¿Qué hacemos? Muy sencillo: cogemos dos piedras del suelo y, chischás, hacemos saltar una chispa. ¡Pues no, amigos, no funciona así! Y nuestros antepasados tienen la mala suerte de haber nacido sólo cien años antes del genio, genio sin nombre, genio al que nadie ha pensado en erigir un monumento, genio de la talla de Leonardo da Vinci y de Einstein, que descubrió que hay piedras con mucho azufre que producen chispas al ser frotadas. Para obtener fuego, nuestras criaturas han de esperar a que un rayo caiga del cielo y quemé un bosque, fenómeno más bien infrecuente. «Hijo, quiero asar este brontosaurio pero no tengo fuego, vete a buscar un incendio», le dice la mamá homínida al hijo. El hijo parte y no vuelve hasta tres años después. –Risas, breves aplausos-. Ahora entenderéis por qué nuestros tres hombres han de mantener vivo ese fuego. Es el famoso fuego sagrado... –Ciba tomó aliento y esbozó una amplia sonrisa-. No sé por qué estoy contándoos todo esto... –Más risas-. Bueno, sí lo sé... Y creo que también vosotros lo sabéis. Sarwar Sawhney, este escritor excepcional, es uno de esos seres que han asumido la difícil, tremenda responsabilidad de mantener vivo ese fuego para entregárnoslo cuando se hace de noche y el frío penetra en nuestra alma. La cultura no es un fuego que pueda volver a encenderse con una cerilla. Es un fuego que hay que conservar y alimentar sin cesar. Y todos los escritores, y yo me incluyo, tenemos el deber de no descuidar nunca ese fuego. –Ciba se puso en pie-. Me gustaría que nos levantásemos todos. Os lo pido por favor. Poneos de pie un momento. Tenemos aquí a un gran escritor al que hay que tributar los honores que merece.

Con gran estrépito de sillas, todo el mundo se puso en pie y empezó a aplaudir estruendosamente al anciano escritor, que movía la cabeza con cierto embarazo.

–¡Bravo! ¡Viva! ¡Bravo! ¡Gracias por existir! –exclamaban quienes probablemente oían el nombre de Sawhney por primera vez y desde luego no comprarían el libro. También Tremagli, de mala gana, tuvo que levantarse y aplaudir. Una chica de la segunda fila sacó un mechero y lo encendió. Al punto todos la imitaron. La sala se pobló de cientos de llamitas. Apagaron las grandes lámparas y el recinto quedó lúgubramente iluminado por los mecheros. Aquello parecía un concierto de Baglioni.

–¿Por qué no? –También Ciba sacó y encendió su mechero, y vio que el administrador delegado de la editorial, el director general y los demás hacían lo mismo.

Y se sintió satisfecho.

7

–Mantos, quiero proponerte una cosa. Te espero mañana en Pavía para comer. Te he reservado un pasaje a Milán.

Saverio Moneta estaba aparcado en el arcén de la carretera provincial de Capranica sin acabar de creerse que hablaba con el mismísimo Kurtz Minetti, el sumo sacerdote de los Hijos del Apocalipsis que había decapitado a una monja con un hacha de doble filo. Se pasó la mano por la frente ardiendo.

–¿Mañana?

–Sí. Irá a recogerte al aeropuerto uno de mis seguidores. –Kurtz tenía una voz neutra y tranquilizadora.

–¿Qué día es mañana?

–Sábado.

–Sábado... Déjame pensar. –Imposible: al día siguiente empezaba la semana del dormitorio infantil y si pedía otro día libre, el viejo era capaz de rociarlo con queroseno en el mismo aparcamiento de la tienda y prenderle fuego.

Se armó de valor y contestó:

–No, mañana no puedo, lo siento. –*Seguro que soy el primero que rechaza una invitación del mayor exponente del satanismo italiano. ¿A que me cuelga el teléfono?*

Pero Kurtz le preguntó:

—¿Y cuándo puedes?

—Pues la verdad, estos días estoy bastante ocupado...

—Ya. —Más que molesto, Kurtz parecía desconcertado.

—¿Y no podríamos hablar por teléfono? —propuso Mantos—. Me pillas bastante liado.

Kurtz resopló por la nariz.

—Por teléfono no me gusta hablar, no es seguro. Pero te daré una pista. Como sabes, los Hijos del Apocalipsis somos la primera secta satánica de Italia y la tercera de Europa. Nuestra página web registra cincuenta mil visitas al día y tenemos un calendario lleno de actos. Organizamos orgías, raids, misas negras y excursiones a lugares satánicos, como el pinar de Castel Fusano y las grutas de Al Amsdin de Jordania. Además, tenemos un cineclub en el que proyectamos las mejores películas de cine diabólico. Y estamos preparando una revista semestral ilustrada que se llamará *Familia Satánica*. Tenemos adeptos por todo el país. —La voz le había cambiado, sonaba más seductora. Seguramente había repetido lo mismo varias veces—. Pues bien, aunque nuestra sede histórica está en Pavía, dadas las circunstancias, hemos decidido expandirnos. Y por eso he pensado en ti, Mantos.

Saverio se desabotonó el cuello de la camisa.

—¿En mí? ¿Por qué en mí?

—En ti, sí. Sé que estás teniendo problemas con tus Bestias de Abadón. Les pasa a todas las sectas pequeñas. El de la Hoz me ha dicho que has perdido varios adeptos y no habéis quedado más que tres.

—Cuatro; contándome a mí, cuatro.

—Y tampoco habéis realizado nada importante, aunque me entero por el foro de que habéis hecho unas pintadas demoníacas en el viaducto de Anguillara Sabazia.

—¿Ah, las habéis visto? —preguntó Saverio con cierto orgullo.

—Hoy por hoy, la situación de tu secta es abiertamente desastrosa. Y, como bien sabes, con la crisis actual, tenéis muy pocas posibilidades de sobrevivir un año más. Perdona que te sea franco, pero sois una realidad insignificante en el duro panorama del satanismo italiano.

Saverio se soltó el cinturón de seguridad.

—En eso estamos. Tenemos previsto captar nuevos adeptos y realizar una serie de acciones que nos darán a conocer en el ambiente satánico. Somos pocos, pero bien avenidos.

Pero Kurtz iba a lo suyo.

—Te propongo que disuelvas las Bestias y entres en los Hijos del Apocalipsis. Quiero que seas nuestro delegado en el centro de Italia.

—¿Vuestro delegado?

—Sí, el director de la sucursal de los Hijos del Apocalipsis en el centro de Italia y en Cerdeña.

—¿Yo? —dijo Saverio con el pecho hinchado de orgullo—. ¿Por qué yo?

—El de la Hoz me ha hablado bien de ti. Dice que tienes carisma y ganas de hacer cosas y que eres un ferviente devoto de Satanás. Y, como sabes, el líder de una secta satánica debe amar a las fuerzas del Mal más que a sí mismo.

—¿De veras te ha dicho eso? —Eso sí que no se lo esperaba. Estaba convencido de que Paolo lo odiaba—. Muy bien, acepto.

—Estupendo. Para celebrarlo montaremos una orgía en Terracina, tenemos allí varias novias del Agro Pontino...

Mantos se apoyó en el reposacabezas.

—Murder, Zombi y Silvietta se alegrarán mucho.

—Un momento, la oferta vale para ti. Tus adeptos tendrán que descargarse de nuestra página el formulario de inscripción, rellenarlo y enviárnoslo. Ya decidiremos nosotros si los admitimos.

—Entiendo.

Kurtz hablaba de nuevo con voz átona.

—Como sabes, el favoritismo es la muerte de una secta.

—Cierto.

—Tendrás que venir a Pavía y recibir un breve curso sobre las nociones básicas de nuestra liturgia.

Saverio miró por la ventanilla. El tráfico seguía atascado. Más allá de la carretera, por un terraplén lleno de carteles publicitarios, pasó a toda velocidad el tren regional de Roma; parecía una serpiente luminosa. A las puertas de un supermercado se agolpaba gente con carritos. La luna, sobre los tejados, parecía un pomelo maduro, y la estrella del Norte, que guía a los marineros..., ¿era aquella la estrella del Norte?

No me encuentro muy bien.

Eran los pappardelle con liebre, le habían sentado mal. Sentía una opresión fastidiosa en el estómago. Abrió la boca como para bostezar, pero emitió una especie de regüeldo que se tapó con la mano.

–Al principio –seguía explicando Kurtz– podrías compartir responsabilidad con el de la Hoz...

¡*Qué calor hace aquí!* Estaba perdiendo el hilo. Abrió la ventanilla.

–... De eso no sabes mucho, pero yo te lo enseño, no te preocupes...

Entró en el habitáculo una ráfaga de aire con olor a patatas fritas y a kebab que venía de un puesto que había delante del centro comercial. Olía a rancio y le provocó náuseas. Enarcó la espalda y reprimió un eructo.

–... Organizaremos una serie de misas satánicas en Castelli Romani, que tú controlarás directamente, claro, y luego haría falta...

Procuró concentrarse en lo que Kurtz le decía, pero tenía la sensación de haberse tragado un kilo de tripa en mal estado. Se desabrochó los pantalones y notó cómo se le dilataba la tripa.

–... Enotrebtor, nuestro delegado en el sur de Italia, está haciendo cosas notables en Basilicata y Molise...

Un Alka-Seltzer, una Coca-Cola...

–¿Mantos? ¿Estás ahí, Mantos?

–¿Eh?

–¿Me oyes?

–Sí... Claro...

–Bien, ¿te parece que nos reunamos la semana que viene y tracemos un plan de trabajo?

Saverio Moneta quería responder que sí, que era un honor y una alegría ser el representante de la secta en el centro de Italia y en Cerdeña, pero... Pero no estaba convencido. Recordó el día que su padre le regaló una Malaguti 50. Era cuando estudiaba en el instituto. Todos los cursos pedía una moto, y su padre le prometió que si aprobaba la selectividad le regalaba una. Saverio se empleó a fondo y aprobó. Al volver del trabajo, su padre le mostró su vieja y apastosa Malaguti y le dijo: «Ahí tienes la moto. Es tuya. Una promesa es una promesa.»

Saverio quería una moto nueva.

–¿Cómo? ¿La tuya?

–Para una nueva no hay dinero. ¿No te gusta ésta? ¿Qué le pasa?

–Nada, pero... ¿cómo irás tú a la fábrica?

Su padre se encogió de hombros.

–Con el transporte público, no importa.

–Pero tendrás que levantarte una hora antes.

–Una promesa es una promesa.

Pero a su madre no le gustó nada.

–¿Tendrás valor para dejar que tu padre vaya a pie?

Saverio estuvo varios meses cogiendo la moto, pero cada vez que montaba en ella se imaginaba a su padre saliendo de casa a las cinco de la mañana todo embozado en el abrigo y le entraba una angustia terrible. Al final la dejó en el patio y se la robaron, y acabaron a pie él y su padre.

Aunque no sabía por qué, pensó que algo bueno sí había hecho con las Bestias. Y además se lo debía a aquella panda de desgraciados que lo seguía. No podía abandonarlos.

Kurtz quería engañarlo, como lo había engañado su padre con la moto, y el viejo con el puesto de responsabilidad que le prometió en la empresa, y Serena con lo de que sería su geisha y que tener dos gemelos es como tener uno solo.

Por eso se había hecho satánico, porque todos le mentían.

¿*Qué clase de regalo es el que obliga a nuestro padre a ir en autobús?*

Saverio Moneta odiaba a todo el mundo, odiaba a la humanidad que engañaba y atropellaba al prójimo. En el odio se había criado, recreado, protegido. El odio le había dado fuerzas para resistir, hasta convertirse en su religión, cuyo dios era Satanás.

Y Kurtz era como todos los demás. *¿Cómo coño se permite decir que las Bestias de Abadón son una realidad insignificante?*

–No –dijo.

–No ¿qué?

–Que no me interesa. Gracias, pero seguiré con las Bestias de Abadón.

Kurtz se mostró sorprendido.

–¿Estás seguro? Piénsatelo bien. No volveré a proponértelo.

–Me da igual. Puede que las Bestias de Abadón sean una realidad insignificante, como dices, pero también un tumor es sólo una célula, que luego se reproduce y nos mata. Las Bestias serán una realidad que nadie podrá pasar por alto, espera y verás.

Kurtz rompió a reír.

–Me das pena. Estáis acabados.

Saverio se puso el cinturón de seguridad.

–Es posible, pero, como sabes, todo puede cambiar. Y mucho. Además, antes que tu representante, prefiero ser cura. –Y cortó la comunicación.

Las últimas luces del ocaso se habían extinguido y las tinieblas reinaban sobre la tierra. El líder de las Bestias de Abadón puso el intermitente y arrancó haciendo chirriar las ruedas.

8

El viejo escritor hindú estaba sentado en un rincón de la sala con un vaso en la mano.

Había llegado en avión desde Los Ángeles aquella misma mañana, después de dos agotadoras semanas de presentaciones en Estados Unidos, y lo único que deseaba era irse al hotel y acostarse. Intentaría dormir, no podría, y al final se tomaría un somnífero. Hacía tiempo que el sueño natural había abandonado su cuerpo. Pensó en su mujer, Margaret, que estaba en Londres. Quiso llamarla, decirle que la echaba de menos, que volvería pronto. Miró al otro extremo de la sala.

En torno al escritor que había contado lo del fuego había un grupo de personas pidiéndole que les firmara libros. Para cada una de ellas tenía el joven una palabra, un gesto, una sonrisa.

Envidió su juventud, sus ganas de agrandar.

A él no le importaba todo aquello. ¿Qué le importaba? *Dormir*. Dormir seis horas seguidas. Tampoco la vuelta al mundo que lo habían obligado a dar desde que le concedieron el Nobel tenía sentido. Era un muñeco al que hacían rodar de aquí para allá para exhibirlo en público personas a las que no conocía y olvidaría en cuanto partiera para otro sitio. Había escrito el libro, un libro que le había costado diez años de su vida, ¿no era suficiente?

En la presentación no había pasado de dar las gracias. No como el escritor italiano, cuyo libro había leído en el avión, una novela corta y fluida. La había leído por escrúpulo, porque le gustaba conocer la obra de los escritores que lo presentaban. Y le había gustado. Tenía que habérselo dicho. Y no era educado quedarse aparte.

En cuanto el anciano se levantó, lo abordaron tres periodistas que estaban al acecho. Sawhney les dijo que estaba cansado y que al día siguiente contestaría con mucho gusto a sus preguntas. Pero lo dijo en un tono tan amable y considerado que no alejó a los fastidiosos moscardones. Por suerte acudió una mujer de la editorial italiana y los echó.

–¿Y ahora qué toca? –le preguntó.

–El cóctel, y dentro de una hora iremos a cenar a un famoso restaurante de cocina típica romana del Trastévere.

¿Le gusta a usted la pasta a la carbonara?

Sawhney la cogió del brazo.

–Me gustaría hablar con el escritor... –Por Dios, ¿cómo se llamaba? ¡Qué cabeza la suya!

–¡Ciba! –lo ayudó la mujer–, Fabrizio Ciba. Por supuesto, espere aquí, voy a llamarlo. –Y se fue taconeando hacia el escritor.

–No es a mí a quien debéis pedir autógrafos, sino a Sawhney. Él es el premio Nobel, no yo. –Fabrizio Ciba trataba de contener el mar de libros que lo ahogaba. Le dolía la muñeca de tanto firmar–. ¿Cómo se llama? ¿Antonia Paternò? ¿Cómo? Espere un momento... Ah, ¿le ha gustado el personaje de Erri, el padre de Penelope? ¿Le recuerda a su abuelo? También a mí.

Una gordita toda acalorada se abrió paso entre la gente con un ejemplar de *La fosa de los leones*.

–Vengo de Frosinone sólo por usted. No he leído ninguno de sus libros, pero dicen que están muy bien. Éste lo he comprado en la estación. Es usted muy bueno... y muy guapo. Lo veo siempre que sale en la tele. Mi hija está enamorada de usted... Y yo también..., un poco.

Ciba esbozaba una sonrisa amable.

–Pues tendría que leer mis libros, a lo mejor no le gustan.

–¿No gustarme? ¡Quite allá!

Otro libro. Otra firma.

–¿Cómo se llama?

–Aldo. Puede dedicarlo a Massimiliano y a Mariapia, mis hijos. Ahora tienen seis y ocho años, ya lo leerán

cuando sean mayores...

Los detestaba. Eran una cuadrilla de ignorantes, una manada de borregos. Sus halagos le importaban un comino. El mismo entusiasmo habrían mostrado por las memorias del director del telediario o las confidencias amorosas de la más insulsa de las azafatas de televisión. Lo que querían era tener su breve conversación con la estrella, su autógrafo, su roce con el ídolo. De haber podido, le habrían arrancado un jirón de ropa, un mechón de pelo, un diente, y se los habrían llevado como reliquias.

No soportaba más seguir mostrándose amable, sonriendo como un tonto, tratando de parecer modesto y complaciente. Solía disimular muy bien el fastidio que le producía el contacto humano indiscriminado, era un maestro del fingimiento y cuando se terciaba, se revolcaba en el fango convencido de que le gustaba; y de estos baños de multitud, aunque lo repugnaban, salía purificado.

Pero ese día una sospecha terrible le afeaba el triunfo: la de no estar comportándose como se comportan los escritores auténticos. Un autor serio era Sarwar Sawhney: durante la presentación no había abierto la boca, había estado como un asceta tibetano, con sus ojos de ébano y su expresión sabia y distante, mientras él hacía el payaso hablando del fuego sagrado y la cultura. Y una vez más se hizo la pregunta de la que dependía toda su carrera. *¿A qué debo más mi éxito, a mis libros o a mis apariciones en televisión?*

Y, como siempre, en lugar de contestarse, decidió tomarse un par de whiskies. Pero antes tenía que deshacerse de aquel enjambre de moscas. Por eso se alegró mucho cuando vio a la pobre Maria Letizia abrirse camino hacia él.

—Sawhney quiere hablar contigo... ¿Podrás verlo cuando termines?

—¡Ahora, ahora mismo! —contestó, y como si lo hubiera convocado el mismísimo Dios, se puso en pie y dijo a los fans que aún no habían recibido su certificado de asistencia—: Sawhney quiere hablar conmigo, por favor, permitid que me vaya.

En la mesa de las bebidas se sopló un par de whiskies y se sintió mejor. Con alcohol en el cuerpo afrontaría mejor al premio Nobel.

Leo Malagò se le acercó coleando como perro al que dan pan con paté de jabalí y le dijo todo contento:

—¡Genial! Los has dejado pasmados con la historia del fuego. No sé cómo se te ocurren esas ideas. Eso sí, Fabrizio, ahora no te me emborraches, por favor, que hemos de ir a cenar. —Se le cogió del brazo—. Vengo de la mesa de los libros. ¿Sabes cuántos has vendido esta noche?

—¿Cuántos? —no pudo evitar preguntar: era un reflejo condicionado.

—¡Noventa y dos! ¿Y sabes cuántos ha vendido Sawhney? ¡Nueve! No veas lo cabreado que está Angiò. —Massimo Angiò era el editor de narrativa extranjera—. ¡Qué gusto me da verlo rabiarse! Y mañana sales en todos los periódicos. Por cierto, ¡qué pedazo de tía, la traductora! —La cara de Malagò se distendió y los ojos se le pusieron soñadores—. Imagínate lo que será tirársela...

Pero a Fabrizio había dejado de interesarle la joven. Su humor estaba dando un bajón, como un termómetro en una helada repentina. ¿Qué querría decirle el hindú? ¿Reprocharle los disparates que había dicho? Se dio ánimos.

—Perdona un momento.

Vio al hindú en un rincón, sentado ante la ventana, contemplando las frondas de los árboles bajo el cielo amarillento de Roma. El pelo negro le relucía a la luz de las lámparas.

Se le acercó con cautela.

—Perdone...

El anciano se volvió y sonrió, dejando a la vista una dentadura demasiado perfecta para ser auténtica.

—Por favor, tome una silla.

Fabrizio se sentía como el alumno que comparece ante el director para recibir una reprimenda.

—¿Cómo está? —preguntó Fabrizio en su inglés académico, sentándose enfrente.

—Bien, gracias. —Pero pensándolo mejor—: Bueno, estoy un poco cansado. No puedo dormir, sufro de insomnio.

—Yo no, por suerte. —Fabrizio se dio cuenta de que no tenía nada que decirle.

—He leído su libro. Con cierta prisa, en el avión, lo siento...

—¿Eh? —dijo Fabrizio con voz entrecortada. Se disponía a oír el juicio del premio Nobel de Literatura, del escritor más importante del mundo y que mejor crítica había tenido en los últimos diez años. Y una parte de su cerebro se preguntó si quería oírlo.

Seguro que le ha parecido malísimo.

—Me ha gustado, y mucho.

Fabrizio Ciba sintió que le invadía el cuerpo una sensación de bienestar, como la que siente un drogadicto al inyectarse heroína de buena calidad; era una especie de calor benéfico que le cosquilleó la nuca, le bajó por las mandíbulas, le hizo cerrar los párpados, se extendió por dientes y encías, descendió por la tráquea, se irradió,

candente y placentero como Vicks VapoRub, desde el esternón hasta la espalda pasando por las costillas y, de vértebra en vértebra, hasta la pelvis. El esfínter dio un latido y el vello de los brazos se le erizó. Fue como darse una ducha caliente sin mojarse, mejor aún, como recibir un masaje sin ser tocado. Durante esta reacción fisiológica, que duró unos cinco segundos, Fabrizio estuvo ciego y sordo, y cuando por fin volvió a la realidad oyó que Sawhney estaba diciendo:

—... lugares, hechos y personas desconocen la fuerza que los borra, ¿no cree?

—Sí, desde luego —contestó Fabrizio. No había oído nada—. Gracias. Me alegro.

—Usted sabe cómo interesar al lector, cómo tocar las mejores fibras de su sensibilidad. Me gustaría leer algo más extenso.

—*La fosa de los leones* es el libro más largo que he escrito. Hace poco... —en realidad hacía ya casi cinco años— terminé otra novela, *El sueño de Néstor*, pero también es bastante corta.

—¿Y cómo es que no se atreve a más? Tiene sin duda los medios expresivos para hacerlo. No tema. Déjese llevar sin miedo. Si puedo darle un consejo, no se frene, deje que la narración lo atrape.

Fabrizio tuvo impulsos de abrazar a aquel adorable vejete. ¡Cuán verdadero y justo era lo que decía! Sabía que podía escribir LA GRAN NOVELA ITALIANA, como *Los novios* de Manzoni, la novela que según la crítica faltaba en la literatura italiana contemporánea. Después de varios intentos, ahora trabajaba en la saga de una familia sarda que iba del siglo XVII a la actualidad, proyecto ambicioso que tenía más fuerza que *El Gatopardo* y *Los virreyes*.

Iba a decírselo, pero lo retuvo cierto pudor. Se sintió en el deber de corresponder a los elogios, y empezó a inventar:

—Déjeme decirle que su libro me ha entusiasmado literalmente. Es una novela muy orgánica y con una trama densísima... ¿Cómo lo hace? ¿Cuál es su secreto? Hay tal fuerza dramática que he estado conmovido durante semanas. El lector no sólo se siente llamado a considerar la conciencia e inocencia de esas poderosas figuras femeninas, sino que a través de sus historias, cómo lo diría... Sí, el lector se ve obligado a trasladar la mirada de las páginas del libro a la realidad misma.

—Gracias —dijo el hindú—. ¡Qué bonito es alabarse mutuamente!

Y los dos escritores rompieron a reír.

9

El líder de las Bestias de Abadón estaba sentado en la cocina comiéndose un plato de lasaña inmersa en un mar de besamel recalentada. Le daba náuseas, pero debía fingir que no había cenado.

Serena, sentada también y con las piernas apoyadas en el lavavajillas, estaba pintándose las uñas. No lo había esperado para cenar, como de costumbre. En la televisión que tenían colocada en la encimera de formica estaban viendo *¿Quién quiere ser millonario?*, el programa preferido de Saverio después de *Misterios* que emitía la televisión pública. Pero la mente del líder de las Bestias estaba lejos: seguía pensando en la llamada de Kurtz Minetti.

¡*Qué grande soy!* Se limpió la boca con la servilleta. *¿Cómo le he dicho? No. No me interesa.* ¿Qué satánico se habría atrevido a rechazar la propuesta de convertirse en el delegado de los Hijos del Apocalipsis en el centro de Italia? Tuvo ganas de llamar a Murder y contarle cómo había mandado a Kurtz a cagar, pero temía que Serena lo oyera y tampoco quería que el amigo supiera lo que el mierda de Kurtz pensaba de las Bestias de Abadón, se habría llevado un disgusto.

Estaba sorprendido de lo claro y terminante que le había salido aquel *no*. No pudo menos de repetirlo:

—¡No!

—No ¿qué? —le preguntó Serena, sin levantar la vista de las uñas, que estaba pintándose de rojo.

—Nada, nada. Estaba pensando... —Saverio tuvo impulsos de contárselo todo a su mujer, pero recapacitó. Si se enteraba de que era el jefe de una secta satánica, le pedía el divorcio como mínimo.

Pero aquél *no* podía ser el inicio de un cambio radical en su vida. Debía desencadenar inevitablemente una serie de nuevos noes que aún estaba a tiempo de pronunciar: no a trabajar los fines de semana, no a cuidar de su suegro, no a bajar él siempre la basura.

—Queda pavo de ayer, caliéntatelo en el microondas. —Serena se había levantado y sacudía las manos.

—¡No! —contestó él espontáneamente.

Serena bostezó.

—Yo me voy a la cama. Cuando termines quita la mesa, saca la basura y apaga las luces.

Saverio se quedó mirándola: llevaba unos vaqueros cortos elásticos recubiertos de strass, botas vaqueras de charol blanco y una camiseta negra con una enorme V de Valentino estampada.

Ni las adolescentes visten así.

Serena Mastrodomenico tenía cuarenta y tres años y había tomado tanto el sol que parecía deshidratada como un tomate seco. Aunque hacía apenas un año había dado a luz a dos gemelos, estaba como un palillo. Vista desde lejos, con su cuerpo esbelto, sus pechos turgentes y su moreno café con leche, no estaba mal. Pero cuando se la observaba de cerca, se veía que tenía la piel floja y coriácea como la de un rinoceronte, y que una maraña de finas arrugas le surcaba el cuello, las comisuras de la boca y el escote. Tenía unos ojos verdes, luminosos y vivaces que parecían descansar sobre unos pómulos brillantes y redondos como manzanas.

Gastaba calzado abierto que dejaba a la vista unos tobillos ahusados y unos graciosos piececillos. Llevaba siempre vestidos ligeros que dejaban asomar los encajes y las copas sintéticas del sostén, dos tallas más pequeño. Se alhajaba con joyas étnicas que la asemejaban a una princesa bereber en día de coronación.

En los largos años de matrimonio, Saverio había notado que su mujer tenía bastante éxito con los hombres, sobre todo jóvenes. Siempre que iba al almacén de la tienda, los transportistas, un hatajo de salidos, le sacaban el mismo tema. No respetaban ni a la hija del jefe.

«Menuda debe de ser tu mujer en la cama. ¡Nada de chicas! Una mujer con experiencia. Se le abre a uno como un sofá cama», «¿Por qué no haces un vídeo porno?», «¿Cómo te las apañas, Save? Yo creo que ésa necesita una cuadrilla de sementales...», «Es la típica tía que va de fina pero en realidad es más puta que las gallinas...», y demás groserías que vale más no consignar.

¡Si aquellos necios supieran la verdad! Serena aborrecía el sexo. Decía que era vulgar. Además, cualquier forma de desnudez la repugnaba, y le parecían repulsivos los humores corporales y todo cuanto supusiera contacto físico (excepto los masajes, pero, eso sí, dados por mujeres).

Aunque algo no le cuadraba a Saverio. Si tanto asco le daba el sexo, ¿por qué se vestía como una golfa? ¿Y por qué aparcaba siempre su Suv delante del almacén, con la de sitios que había?

Saverio se levantó y empezó a quitar la mesa. No tenía ganas de irse a la cama, estaba demasiado contento. Por suerte los gemelos dormían. Era el momento de pensar en la idea que había de conmocionar a las Bestias de Abadón y al mundo entero. Tomó un bloc de notas y un bolígrafo, y cuando iba a apagar la tele oyó que el presentador decía:

—¡Increíble! Francesco, nuestro concursante de Sabaudia, así, como quien no quiera la cosa, ha llegado al millón de euros...

El concursante era un hombrecillo nervioso que hacía mohínes como si se hubiera caído sobre un puercoespín. El presentador, en cambio, tenía la expresión satisfecha del gato que se ha zampado una lata de atún y se dispone a afilarse las uñas en el sillón.

—¿Estás preparado, amigo Francesco?

El hombrecillo tragó saliva y se ajustó el cuello de la chaqueta.

—Creo que sí.

El presentador sacó pecho y se dirigió riendo al público:

—¿Oyen eso? ¡Cree que sí! —Pero entonces se puso serio y prosiguió—: ¿Quién de ustedes no estaría nervioso? Pónganse en su lugar. Un millón de euros puede cambiarnos la vida. —Y de nuevo dirigiéndose al concursante—: Decías que tu sueño era pagar la hipoteca. Pero ahora, si ganaras, además de pagar la hipoteca, ¿qué harías?

—Le compraría un coche a mi madre y... —El concursante estaba sofocado; respiró hondo y pudo continuar—: Haría una donación al instituto San Bartolomeo de Gallarate.

El presentador lo miró de arriba abajo.

—¿Y a qué se dedica ese instituto, si puede saberse?

—A ayudar a los sin techo.

—Bueno, enhorabuena. —El presentador invitó al público a aplaudir y el público aplaudió nutridamente—. Eres un filántropo. ¡A ver si luego te vemos montado en un Ferrari! Pero no, se conoce que eres un buen hombre.

Saverio sacudió la cabeza. Si él ganara aquella suma, se compraría un castillo en Marcas y establecería en él la base de las Bestias.

—Pero sigamos con la pregunta. ¿Preparado? —El presentador se apretó el nudo de la corbata, se aclaró la voz y, al tiempo que en la pantalla aparecían la pregunta y las cuatro respuestas, dijo:

¿Quién fue Abadón?

A) Un pastor anglicano del siglo XVIII

B) Un demonio citado en el Apocalipsis

C) Una divinidad asiria

D) Una fiesta religiosa maya

A punto estuvo Saverio Moneta de caerse de la silla.

10

Tras la inyección de amor propio recibida, la moral de Fabrizio Ciba había ganado alturas estratosféricas. Había escrito una novela importante y escribiría otra aún más importante. Ya no había razón alguna para preguntarse el porqué de su éxito. Así que, cuando vio a Alice Tyler hablando con el director de ventas de Martinelli, decidió que había llegado el momento de pasar a la acción. Apuró el whisky, se revolvió el pelo y dijo al escritor hindú:

–Perdone un momento, voy a saludar a una persona.

Y se lanzó al ataque.

–Hola, hola, me presento: Fabrizio Ciba. –Se interpuso entre la traductora y el director de ventas y le dijo a éste–: Y como sois unas sanguijuelas que no me pagáis una lira por las presentaciones, puedo hacer lo que me dé la gana y ahora me llevo a la mejor y más fascinante traductora del mundo a tomar una copa de champán.

Modica, el director de ventas, era un tipo gordezuelo de una palidez esclerótica y lo único que atinó a hacer fue hincharse como un pez globo.

–No te molesta, ¿verdad, Modica? –Fabrizio tomó de la muñeca a la traductora y se la llevó hacia la mesa de las bebidas–. Es el único modo de librarse de él: hablarle de dinero. Quería felicitarte, has hecho un excelente trabajo con el libro de Sawhney, he mirado la traducción con lupa...

–No me lo creo –dijo ella riendo.

–¡De verdad, te lo juro! ¡Te lo juro por Pennacchini! He mirado las ochocientas páginas y nada, todo perfecto. –Se llevó la mano al corazón–. Sólo una cosa..., en la página seiscientos quince has traducido *creel* por «cesto para el pescado» en lugar de por «nasa»... –Fabrizio se esforzaba por mirarla a la cara pero no podía apartar los ojos de las tetas. La exigua camiseta lo ayudaba poco–. Perdona, ¿las traductoras no eran feas y vestían mal?

Estaba en su salsa. Volvía a ser el Ciba conquistador de siempre.

–¿Cuándo nos casamos? Yo escribo libros y tú los traduces, mejor dicho, tú los escribes y yo los traduzco, ¡qué más da! –A ella le sirvió una copa de champán y él se sirvió otro whisky–. Sí, tenemos que hacerlo...

–¿Qué?

–Pues casarnos –hubo de repetir. Tuvo la vaga sensación de que la chica no respondía debidamente a su cortejo. No era la típica italiana coqueta y quizá tenía que entrarle más suave–. Tengo una idea. ¿Y si nos vamos? Tengo la moto ahí fuera. Imagínate, aquí todos aburridos como ostras hablando de literatura y nosotros de fiesta por Roma divirtiéndonos de lo lindo. ¿Qué me dices?

Y se quedó mirándola con los ojos del niño que pide a su madre un trozo de tarta.

–¿Eres siempre así? –Alice se pasó la mano por el pelo y entreabrió los labios dejando ver unos dientes blanquísimos.

–Así ¿cómo?

–Pues así... –Guardó silencio un momento, buscando la palabra, y al cabo dijo, suspirando–: ¡Así de tonto!

¿Así de tonto? ¿Cómo así de tonto?

–Es la parte infantil del genio –replicó.

–No, no podemos irnos. ¿No te acuerdas? ¡Queda la cena! Y Sawhney...

–¡La cena, claro! Me había olvidado –mintió. Se había propasado proponiéndole que se fueran y ahora quería quitar hierro a la negativa.

Ella lo cogió de la muñeca.

–Ven.

Al pasar por la mesa, Ciba echó mano de una botella de whisky.

¿Adónde lo llevaba?

Era evidente que Satanás había usado aquel concurso para comunicarse con él. ¿Cómo podía ser que de las infinitas preguntas posibles hubieran elegido los guionistas del programa una pregunta sobre Abadón? Era una señal. De qué, no tenía Saverio la más remota idea, pero indudablemente era una señal del Mal.

El concursante se equivocó: respondió que Abadón era un pastor anglicano del siglo XVIII y se quedó sin poder pagar la hipoteca.

Merecido lo tienes, para que aprendas quién es Abadón, el destructor.

Saverio sacó de un cajón una cajita de Alka-Seltzer, disolvió una pastilla en un vaso de agua y meditó en lo que había ocurrido ese día: las últimas doce horas tenían algo de prodigioso. Todo comenzó con su repentina decisión de dar el gran salto con la secta. Siguió luego el *no* dado a Kurtz Minetti. Y ahora lo de la pregunta del concurso. Debía buscar más señales de la presencia del Maligno en su vida.

¿Qué día era? Era 28 de abril. ¿A qué correspondía el 28 de abril en el calendario satánico?

Fue a la sala de estar por el portátil. La estancia estaba decorada con muebles étnicos de la colección Zanzíbar, de madera negra y oleosa taraceada con losanges de piel de cebra, que emanaban un curioso olor a especias que acababa mareando. En la pared, sobre una pantalla de plasma Pioneer, se veía un enorme mosaico que Serena había compuesto con conchas de almeja y mejillón y piedras de colores que había recogido en el Argentario, y que se suponía representaba una sirena sentada en un escollo tañendo sus largos cabellos como si fueran un arpa.

Saverio se conectó a Internet y buscó en Google: «Calendario satánico.» Resultó que el 28 de abril no era fecha señalada. Sí lo era el 30, la noche de Walpurgis, en que las brujas celebran un gran aquelarre en el Monte Brocken.

Se puso en pie, desconcertado. A juzgar por lo que le había ocurrido, habría jurado que el 28 era día satánico.

Pero, bueno, tampoco queda lejos del 30, la noche de Walpurgis.

Fue al recibidor, donde estaba la caja que le habían traído, cortó la cinta adhesiva, la abrió, se arrodilló, cual caballero antiguo, ante el tesoro, introdujo las manos en las virutas de poliestireno, sacó la Durandarte y la enarboló con ambas manos: la hoja era de acero templado, la cruz, de hierro forjado, y la guarnición estaba forrada de piel. Había dudado si comprar un katana japonesa, pero ahora se alegraba de haberse decidido por aquella, que pertenecía a la tradición occidental. Era una espada que tiraba de espaldas.

Salió al balcón y, como Roldán en Roncesvalles, la blandió ante la luna. De buena gana habría retado a Kurtz Minetti a singular duelo, en su sede de Pavía.

Yo con la Durandarte y él con el hacha de dos filos.

Se imaginó esquivando un hachazo, volviéndose y decapitando al sumo sacerdote con un certero mandoble, tras lo cual diría: «¡Venid a mí! ¡Seréis Bestias!», y todos los Hijos del Apocalipsis se inclinarían ante él. Ésa sí que era una buena acción. El problema era que Kurtz Minetti, aunque alto como un pino, era discípulo de Sante Lucci, un maestro shaolin de Trieste.

Con un espadazo, Saverio destrozó el tendedero. ¡Y pensar que aquella joya iba a acabar en la chimenea del suegro en Roccaraso!

Sonó el teléfono y al poco enmudeció. Lo había cogido Serena. La oyó gritar:

—¡Saverio, es para ti! Tu primo. Dile que la próxima vez que llame a estas horas le hago que se trague los dientes.

El líder de las Bestias de Abadón entró, dejó la espada en la caja, cogió el teléfono y contestó expeditivo:

—¿Antonio? Dime.

—Eh, primo, ¿qué tal?

—Bien. ¿Pasa algo?

—No, nada. Bueno, sí, que necesito que me ayudes.

¡El que faltaba! ¿Es que a nadie se le ocurría que también él, Saverio Moneta, tenía sus problemas?

—No, mira... Tengo mil cosas que hacer... Lo siento.

—Espera. Escucha por lo menos. Sé que estás ocupado. Pero como a veces te veo por ahí con unos chavales...

Me ha visto con las Bestias. Debo andarme con ojo.

—¡Menudo marrón tengo! Resulta que me han plantado cuatro polacos en el último momento. Estoy buscando gente. Es para llevar cajas de vino, poner y quitar mesas al aire libre... Necesito tíos con fuerza pero legales. No importa que no tengan experiencia, me basta con que quieran trabajar.

Antonio Zauli era el camarero jefe de Food for Fun, una empresa de catering romana que, gracias al patrocinio de Zóltan Patrovi, el imprevisible cocinero búlgaro dueño del famosísimo restaurante Las Regiones, se había convertido en la mejor del sector.

Saverio no escuchaba. *¿Y si le cortara la cabeza al padre Tonino con la Durandarte? Tiene Parkinson, hasta le hacía un favor. Mañana, después del pediatra, llevo la espada al afilador... No, eso sería copiar a Kurtz Minetti.*

—¿Saverio? ¿Me oyes?

—Sí... Perdona... No puedo... —dijo sin pensar.

—No puedes, una polla. Si ni siquiera estás escuchándome. ¿Es que no lo ves? Estoy desesperado. Me juego el cuello con esta fiesta. Llevamos preparándola seis meses, Save. —Bajó la voz—. Júrame que no se lo dirás a nadie.

—¿El qué?

—Tú júralo.

Saverio miró a lo alto con impaciencia y de paso se dio cuenta de lo fea que era la lámpara étnica.

—Te lo juro.

—Es una fiesta a la que irá todo el mundo —susurró Antonio en tono conspiratorio—. Dime un famoso, uno cualquiera, el primero que se te ocurra.

Saverio pensó un instante.

—El papa.

—¡Hombre, no! Digo cantantes, actores, futbolistas...

Saverio resopló.

—¡Y yo qué sé! Bueno, a ver, esto... ¿Paco Jiménez de la Frontera?

—El delantero centro del Roma. ¡Bingo!

Ea; si existía una palabra que Saverio Moneta detestaba, era ésa, «bingo». Él, como todo buen satánico, detestaba la cultura de masas, los argots, Halloween y la americanización de la lengua. Si por él fuera, todo el mundo seguiría hablando latín.

—Dime otro.

Saverio no aguantó más.

—¡No sé ni me importa! ¡Como si no tuviera otra cosa en que pensar!

—Pero ¿qué te pasa? —dijo Antonio en tono desairado—. Te encuentro raro. Estoy ofreciéndote a ti y a tus amigos la posibilidad de ganarnos un dinero, asistir a la fiesta más exclusiva de los últimos años y codearos con los famosos, ¿y me mandas a tomar por culo?

Saverio tenía ganas de arrancarle la carótida al primo y darse un baño de sangre a su costa, pero se sentó en el sofá y procuró mostrarse conciliador:

—No es eso, perdona, no es por ti. Es que estoy cansado. Entre los gemelos, mi suegro..., estoy en un mal momento...

—Ya entiendo. Bueno, si se te ocurre alguien dame un toque. Necesito cuatro camareros para mañana. Piénsalo, anda. Está bien pagado y en la fiesta habrá un concierto de Larita y fuegos artificiales.

El líder de las Bestias puso la antena.

—¿Quién has dicho? ¿Larita? ¿La cantante? ¿La de *Live in Saint Peter y Unplugged in Lourdes*? ¿La de la canción *King Karol*?

Elsa Martelli, Larita de nombre artístico, fue unos años la vocal de los Lord of Flies, un grupo death metal de Chieti Scalo, cuyas canciones, himnos al Maligno, eran muy apreciadas por la comunidad satánica italiana. Pero luego, de pronto, Larita dejó el grupo y se convirtió al cristianismo, se hizo bautizar por el papa y emprendió una carrera en solitario como cantante pop. Su música era una mezcla insípida de new age, romanticismo adolescente y buenos sentimientos, y eso le granjeaba un éxito enorme en todo el mundo. Pero los satánicos la detestaban.

—Sí, eso creo. Larita..., la de *El amor que nos rodea*. —Estaba claro que Antonio no era ningún experto en música pop.

Saverio notó de pronto que en el ambiente flotaba un grato olor a tierra y a hierba recién cortada. La luna había desaparecido y todo estaba oscuro. Las ventanas vibraban y una racha de viento repentina agitó el ficus. Empezó a llover. Gotas gordas y pesadas repiquetearon en los ladrillos del balcón, un rayo, como una grieta, rasgó las tinieblas —por un instante se hizo de día— acompañado de un trueno que estremeció la tierra, hizo saltar las alarmas y ladrar a los perros.

Saverio Moneta, desde el sofá en el que estaba sentado, vio avanzar hacia Oriolo Romano un ejército de negros y tortuosos nubarrones, y que uno de ellos, el más grande, de pronto se encogía y se expandía por un lado

formando lo que parecía una cara, de ojos negros y boca muy abierta.

—¡Madre santa! —se le escapó, y corrió a cerrar el ventanal porque la lluvia mojaba el parqué—. ¡De acuerdo! —dijo resoplando al teléfono.

—De acuerdo ¿qué?

—Que tengo a tres. —Y dándose un golpe en el pecho—: Y el cuarto soy yo.

Fabrizio Ciba y Alice Tyler estaban sentados muy modosos en un banco de mármol frontero de una fuente oval. A la derecha tenían un bosquecillo de bambú iluminado por un foco halógeno, y a la izquierda una mata de hortensias. Los separaba una distancia de veinte centímetros. Estaba oscuro y hacía frío. Las luces de la villa que les quedaba a la espalda se reflejaban en la superficie del agua y en las espléndidas piernas de Alice.

Fabrizio Ciba dio un trago de la botella y se la pasó a la joven, que bebió también. Tenía que darse prisa. Con aquel frío podían quedarse entumecidos. ¿Qué hacer? ¿Echársele encima? *No sé, no sé... Ya se sabe cómo son estas intelectuales anglosajonas.*

El primero de las listas, el tercer hombre más sexy de Italia según el semanario femenino *Yes* (después de un piloto de motocicletas y un actor mestizo), no podía aceptar verse rechazado. Seguro que eso le costaría años de psicoanálisis.

El silencio empezaba a resultar preocupante. Espetó él:

—También has traducido a Irvin Parker, ¿no? —Y mientras lo decía supo que era lo peor que podía decir para un ataque rápido.

—Sí, todos sus libros menos el primero.

—Ya... ¿Y lo conoces?

—¿A quién?

—A Parker.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Simpático.

—¿De veras?

—Mucho.

¡No! No funcionaba. Y para colmo la veía distraída. Los veinte centímetros que los separaban parecían veinte metros. Era mejor recoger velas y dejarlo correr:

—Verás, yo...

Alice se quedó mirándolo:

—Tengo que decirte una cosa. —Los ojos le brillaban—. Me da un poco de corte... —Respiró hondo como si fuera a revelar un gran secreto—. Cuando terminé *La fosa de los leones* quedé conmovida... Con decirte que aquella noche iba a salir pero preferí quedarme en casa, de lo afectada que me dejó. Y al día siguiente lo leí de nuevo y me pareció aún mejor. No sé, fue una experiencia única... Encontré tanto parecido con mi vida.

Ciba se sintió embargado por una ola de placer, recorrido por raudales de endorfinas que bajaban de su cabeza y fluían por las venas como petróleo por un oleoducto. Pero esta vez, al contrario de lo que le había ocurrido con Sawhney, el placer penetró por el uréter, se extendió por el epidídimo y las arterias femorales y le estalló en el aparato reproductor, el cual, pletórico de sangre, experimentó una violentísima erección. Fabrizio tomó a la joven por las muñecas y le introdujo la lengua en la boca. Ella, que se disponía a confesarle que le había escrito una larga carta, notando de pronto la lengua en las amígdalas, emitió una serie de sonidos: «¡A ueto oco!», que significaban: «¡Te has vuelto loco!», e instintivamente trató de rechazar la endoscopia. Pero, como no lo consiguió, dándose por vencida, le tomó la cabeza, oprimió con más fuerza su boca contra la de él y empezó a girar y girar su carnosa lengüecilla.

Fabrizio, sabiéndola rendida, le rodeó la espalda con los brazos y se apretó contra ella, notando contra el pecho sus senos duros y firmes. Levantó ella una de sus maravillosas piernas, y él le arrimó su erecto miembro. Levantó ella la otra maravillosa pierna, y él le metió la mano entre los muslos.

Federico Gianni, administrador delegado de la editorial, y su escudero fiel, Achille Pennacchini, estaban acodados en la balaustrada de la gran terraza, que dominaba el jardín y la ciudad.

Gianni era un tipo larguirucho que siempre iba muy peripuesto con sus ondeantes trajes Caraceni. De joven había sido jugador de baloncesto en un equipo de segunda división, hasta que, a los veinticinco años, abandonó el deporte para dirigir una fábrica de zapatillas de deporte. Al final, a través de sabe Dios qué vías y contactos, entró en el mundo de la edición, primero en una pequeña editorial milanesa y luego en Martinelli. De literatura no tenía ni idea. Trataba los libros como zapatos y estaba muy orgulloso de su modo de pensar.

Todo lo contrario era Pennacchini, al que Gianni había sacado de la Universidad de Urbino, donde impartía clases de literatura comparada, y puesto al frente de la editorial. Era un académico, un hombre de letras, y todo en él lo probaba: las gafas redondas de concha, el par de ojos azules quemados por la lectura, la chaqueta a cuadros arrugada, la camisa de algodón basto con botones en el cuello, las corbatas de lana y los pantalones de algodón a rayas. Hablaba poco y siempre en voz baja y titubeando. Nunca se sabía lo que pensaba.

—Otra más. —Gianni se desperezó—. Me parece que ha salido bien.

—Muy bien —confirmó Pennacchini.

Roma parecía una enorme manta sucia salpicada de luces.

—Es grande esta ciudad —reflexionó Gianni ante el espectáculo.

—Muy grande. Va de Castelli hasta Fiumicino. Realmente inmensa.

—¿Cuánto tendrá de diámetro?

—Pues no lo sé... Por lo menos ochenta kilómetros... —dijo Pennacchini.

Gianni se miró el reloj.

—¿Cuándo vamos al restaurante?

—Dentro de unos veinte minutos como mucho.

—El bufé daba asco. No he comido más que un par de canapés de salmón que estaban resacos. Tengo hambre. — Hizo una pausa—. Y me estoy meando.

Pennacchini, al oír esto último, meneó la cabeza adelante y atrás, como una paloma.

—Estoy por mear aquí en el jardín, al aire libre, ante este panorama. Mira, por allí parece que hay tormenta. — Gianni se asomó por la terraza y observó la masa de la vegetación oscura—. ¿Vigilas que no venga nadie? Y si viene lo paras.

—¿Y qué le digo? —murmuró el otro, inseguro.

—¿A quién?

—A quien venga.

Gianni lo pensó un momento.

—Pues no sé... Lo que sea, tú entreténlo.

El administrador delegado descendió la escalera que llevaba al jardín bajándose la cremallera. Pennacchini, como un miembro de la guardia suiza, se apostó en lo alto.

Larita.

Ella era la elegida. Inmolarían a la cantante de Chieti Scalo al Señor del Mal. En la fiesta, Mantos la decapitaría con la Durandarte.

—¡Qué monjas ni qué ocho cuartos! Te vas a enterar, Kurtz —dijo Saverio, riendo y dando saltos por el salón.

¿Cuál no sería el impacto que causaría en el mundo la noticia de que la cantante que vendió diez millones de copias en Europa y América Latina y cantó para el papa el día de Navidad moría decapitada a manos de las Bestias de Abadón? Aparecería en las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo, a la par de John Lennon y Janis Joplin...

Saverio tuvo una duda. ¿A Janis Joplin la habían asesinado?

¡*Qué más da!* Lo importante en aquel momento era que con una acción como aquella sería recordado para siempre. Le dedicarían páginas web, foros y blogs, se estamparían miles de camisetas con su cara, y generaciones y generaciones de grupos satánicos se inspirarían en su figura y se sentirían fascinadas por su personalidad psicótica y carismática, al estilo de Charles Manson.

Saverio cogió el iPod de Serena del aparador de la entrada. Estaba seguro de que su mujer tenía alguna canción de la cantante entre sus archivos mp3. Así era. Pulsó el play. La artista empezó a cantar con su voz melodiosa y atiplada la historia de amor de dos adolescentes.

¡*Qué asco!*

Aquella asquerosa había unido las dos cosas que más odiaba él en el mundo: el amor y los adolescentes.

Tomó del mueble bar una botella de Jägermeister y le dio un trago.
Estaba amarguísimo.

El banco de mármol no era cómodo y rachas de viento maestral empezaban a agitar el bosquecillo de bambúes. Fabrizio Ciba y Alice Tyler estaban acurrucados uno contra otro, él con una mano apoyada en el muro de ladrillo y la otra puesta en una teta de la traductora, ella con una mano encajada en la espalda y la otra metida en los pantalones del escritor. Como una cinta hemostática, el cinturón dificultaba la afluencia de sangre a la mano y lo único que podía hacer era tenerle cogido el miembro con los dedos medio dormidos. Fabrizio, jadeándole en la oreja, trataba de sacarle la teta del sujetador, pero viendo que no lo conseguía, decidió pasar a explorar las partes íntimas.

No advirtieron la presencia del administrador delegado meando a unos diez metros hasta que lo oyeron decir, con un suspiro:

—¡Uf, qué descanso!

Los dos se quedaron inmóviles como lenguados, y de haber podido, habrían mudado de color para mimetizarse con el ambiente, como hace el *Solea solea*. Fabrizio susurró al oído de Alice:

—Calla, hay alguien... Calla, por favor. No respire.

Estaban petrificados como vaciados de yeso pompeyanos, cada uno con las manos en los genitales del otro.

Se oyó otra voz, más lejos:

—Ha estado bien Ciba hoy.

¿Cuántos hay?

La primera voz contestó, más próxima:

—Sí, hay que reconocer que para eso es el mejor.

—¡Es Gianni! ¡El administrador delegado! —explicó a Alice el escritor, con un hilo de voz.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —dijo ella—. ¿Y si nos ven?

—Calla, no hables. —Fabrizio levantó la cabeza, vio la sombra de Gianni detrás de la mata de hortensias, la agachó—: ¡Está meando! No puede vernos. Se irá enseguida.

Pero el administrador delegado, que padecía de la próstata, se quedó sacudiéndosela por si había más que evacuar.

—No ha estado mal la historia del fuego; una bobada, pero muy resultona. Tenemos que llamarlo más a menudo para estas cosas, tiene garra.

Fabrizio sonrió satisfecho y miró a Alice, que suspiró complacida. ¿Qué más quería? Estaba pegándose el lote con una tiazza mestiza e intelectual y a la vez oyendo las alabanzas de su editor.

Le tocó el clítoris, ella se estremeció y le echó el aliento en la oreja.

—Despacio..., despaciooo... o me pongo a chillaaar...

Fabrizio tenía la polla más dura que el cemento armado.

—Pero dime, en serio, ¿cómo lleva la nueva novela?

—No lo sé... Por lo poco que he leído... —contestó Pennacchini, y se interrumpió. Lo hacía a menudo, era como si lo desenchufasen.

—¿Por lo poco que has leído...? Sigue, Pennacchini.

—Pues que me parece... algo vago... ¿Cómo lo diría? Más que una novela es un bosquejo torpe...

Fabrizio, que forcejeaba con el cinturón para desabrocharlo, se quedó quieto.

—Ya, una cagada. Como la última, esa de... *El sueño de Néstor*. No me convence nada... Y además funciona más mal que bien. De un escritor que vende un millón y medio de ejemplares, pues la verdad, me esperaba otra cosa. Con toda la publicidad que le hemos hecho. ¿Has visto los balances semestrales? Si no fuera por *La fosa de los leones*...

Alice, con un golpe maestro, le liberó por fin el miembro y empezó a masturbarlo.

—... Hay que ir hablando del contrato del próximo libro. Su agente se ha vuelto loca, pide una cifra absurda. Tenemos que pensarlo bien antes de firmar nada. No podemos permitir que nos sablee uno que, después de todo, vende lo mismo que Adele Raffo pero cobra exactamente el doble.

Ciba creyó que se moría. ¡El hijoputa aquel, comparándolo con una monja obesa que escribía recetarios! ¿Y qué era eso de pensárselo bien antes de firmar? Y para colmo era un mentiroso. Pues ¿no le había dicho que *El sueño de Néstor* era un gran libro, la novela de su madurez?

Alice, que, sin escuchar, seguía toda concentrada meneándole el miembro rítmicamente en el sentido contrario a las agujas del reloj, vio, con enorme sorpresa, que la operación no daba fruto; al contrario, aquello estaba literalmente encogiéndosele entre las manos. Lo miró azorada. El escritor parecía aterrado.

—¿Qué pasa? ¿Viene para acá?

—Calla, calla un momento, por favor.

Alice notó la voz alterada de Fabrizio y, soltando el flácido apéndice, se puso a la escucha.

—... ¡Total, escapárenos no se nos escapa! ¿Qué otra editorial le daría lo que le damos nosotros? Vamos, ni la mitad. ¿Quién se cree que es? ¿Grisham? Además, he sabido que aún no han confirmado su programa de televisión para el año que viene. Si lo quitan, Ciba cae en picado. Tenemos que bajarle los humos. De hecho, la semana que viene, Achille, quiero que nos reunamos con Modica y Malagò y estudiemos lo que hacer... Ése no escribe más libros. Está acabado. —Un instante de silencio—. ¡Ahhh, por fin! Llevaba aguantándome desde el avión.

Ciba, incapaz de reaccionar, sintió como si estuviera suspendido en el aire y cayera al barro del planeta tierra, o mejor, sobre la mujer en cuya vagina tenía insertado el dedo medio. Una mujer, por cierto, a la que acababa de conocer, que pertenecía a su mismo mundillo; una extraña, una espía potencial.

Se apartó con la cara congestionada y una mirada demente.

Ella se tapó el pecho con la blusa y puso una mueca indefinible.

—*¡Compasión! ¡Siente compasión por mí!*, comprendió Fabrizio. Sacó el dedo y se lo limpió en la chaqueta. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Es que se había vuelto tonto? ¡Arrojarse como un adolescente cachondo sobre una desconocida mientras sus editores conspiraban contra él!

Tengo que responder a la ofensa.

Sólo había una persona en el mundo que podía ayudarlo: su agente, Margherita Levin Gritti.

—¡Perdona, pero tengo que irme! —le dijo distraídamente a Alice, y guardándose el miembro echó a correr.

Ella se quedó parada un momento sin saber qué pensar, y luego empezó a abotonarse la blusa.

15

Por fin había dado con la idea el líder de las Bestias de Abadón. Debía convocar inmediatamente a sus adeptos y ponerlos al corriente. Eran más de las diez, pero no importaba. Seguro que estaban en casa de Silvietta viendo una película.

Fue a oscuras al trastero. Allí, metidos en una bolsa de supermercado que tenía escondida entre escobas, detergentes y zapatos, estaban los uniformes de las Bestias. Él mismo los había diseñado y mandado confeccionar a un sastre chino de Capranica. Eran unas sencillas túnicas de algodón negro con capucha (no como las llamativas de los Hijos del Apocalipsis, lilas y doradas). Para los pies, después de no pocas dudas, había optado por unas alpargatas negras.

Volvió al salón y, procurando no hacer ruido, cogió la caja de la Durandarte, las llaves del coche, el paraguas y la botella de Jägermeister, y se disponía a abrir la puerta para salir cuando se encendió la lámpara del salón, inundando de luz los muebles de la colección Zanzíbar.

Serena, en camisón, estaba en el umbral.

—¿Adónde vas?

Saverio humilló el tronco y la cabeza y procuró ocultar la espada detrás, en vano.

—Salgo un momento...

—¿Adónde?

—A la tienda a mirar una cosa...

Serena estaba muy extrañada.

—¿Con la espada?

—Sí... —Debía inventar una mentira ya—. Es que... Hay un mueble... Un mueble de salón en el que quedaría muy bien y quería ver si cabe. Voy y vuelvo. Es un momento. Tú acuéstate.

—¿Y qué llevas en esa bolsa?

Saverio miró a un lado y otro.

—¿Qué bolsa?

—La que llevas en la mano.

—Ah, ésta... —Se encogió de hombros—. No, nada... Ropa que tengo de devolverle a Edoardo. Es para una fiesta de disfraces.

—¿Sabes cuántos años tienes, Saverio?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me tienes harta, muy harta.

Cuando Serena decía que estaba harta, muy harta, con aquel tono cansado, sabía Saverio que tocaba pelear. Y pelear con Serena nunca convenía. Era capaz de aniquilarlo a uno, de transformarse en algo tan terrible que no puede ni describirse. Lo mejor era callar y aguantar el chaparrón. Si se ponía a gritar, los gemelos se despertarían y empezarían a llorar, y él tendría que quedarse en casa.

Que hable. Fuerza mayor.

—Y no sólo me tienes harta a mí. ¿Sabes lo que dice papá? Que de todos los departamentos de venta, el único que pierde es el tuyo.

Pese a sus buenos propósitos, Saverio no aguantó:

—¡Pues claro! Como que la gente se caga en los muebles tiroleses. ¡No los quiere nadie! Por eso me ha puesto tu padre ahí, lo sabes muy bien, para poder...

—¡Vaya! —lo interrumpió Serena, aunque, curiosamente, sin levantar la voz, en un tono casi desconsolado—. ¿Conque la gente se caga en los muebles tiroleses? Pues el primero que los introdujo en el Lacio fue mi padre. ¿Y sabes cuántos lo han copiado desde entonces? El mobiliario rústico y todo eso ha venido por esos muebles en los que tanto te cagas. —Cruzó los brazos—. No tienes respeto... Ni por mi padre ni por mí. Y estoy hasta las narices de disculparte, de oír a mi padre insultar a mi marido todos los días. ¡Qué tortura! —Y sacudió la cabeza con amargura—. Espera... Espera... ¿Cómo te llamó la última vez?... Ah, sí: gusano sin huevos... ¿Sabes dónde estarías si no fuera por mí?

Saverio empuñó la Durandarte con todas sus fuerzas. ¡Qué fácil sería matar a aquel viejo cabrón! Un espadazo entre la tercera y la cuarta vértebra cervical.

—¿Cómo quitarle la razón? —Serena lo señaló—. Mírate, sales a escondidas con ropa de carnaval y una espada, juegas a tonterías con tus amigotes... No tienes trece años, ni yo soy tu madre.

Saverio, con la cabeza gacha, empezó a hincar la punta de la espada en el parque.

—Así no podemos seguir. Te he perdido todo el respeto. Yo necesito a un hombre. ¿Nunca te has preguntado por qué no quiero hacer el amor contigo? —Dio media vuelta y volvió al dormitorio, desde donde añadió—: Corre, vete, no hagas esperar a tu amigos... Pero saca la basura.

Saverio estuvo cinco minutos parado ante la puerta de la calle. El temporal no amainaba. Si se iba así, le esperaba una semana infernal. Metió la Durandarte en su caja, llevó la bolsa de las túnicas al trastero, dio un trago de la botella. Mejor sería dormir en el sofá; a la mañana siguiente Serena estaría más tranquila y podrían hacer las paces, o algo por el estilo.

Tenía que demostrarle que no era un gusano sin huevos. Y para eso sólo había un medio: hacer que el balance trimestral saliera positivo y taponarle la boca al viejo. Aún quedaba un mes, si se empleaba a fondo podía conseguirlo. Dio otro trago y, ya algo mareado, fue al baño a cepillarse los dientes.

¿Cómo se le había ocurrido lo de matar a Larita? Tendría que pedirse un día libre y en aquel momento, con el balance negativo, no era el caso. Además, debía reconocerlo, no era sólo su mujer quien no creía en él: tampoco creían ya las Bestias.

Escupió el dentífrico en el lavabo, se secó la boca y se miró al espejo. Tenía las patillas casi blancas y los cañones de la barba griseaban.

No tienes trece años, ni yo soy tu madre.

Tenía razón Serena; toda la razón. Si no le demostraba que podía confiar en él, a la muerte de su padre nunca le permitiría dirigir la tienda.

Y tengo dos hijos que criar. No deben crecer pensando que su padre es un inútil.

Él tenía la culpa de que así lo creyera todo el mundo.

¡Se acabó! Esto de la secta satánica debe terminar. Mañana llamo a las Bestias y les digo que se acabó.

Se quitó la camisa y la camiseta de tirantes. También el poco pelo del pecho empezaba a encanecer. Abrió el grifo de la ducha, lo cerró. Quiso dar un grito. Le resbalaban lágrimas por las mejillas.

¿Cómo había acabado así? ¿Por qué absurda razón se había encerrado voluntariamente en una jaula con aquella harpía y había tirado las llaves lejos? De joven tenía un montón de proyectos: recorrer Europa en tren, viajar a Transilvania y visitar el castillo del conde Vlad, ver los dólmenes y las esculturas de la Isla de Pascua, estudiar latín y arameo. Nada había hecho. Se había casado demasiado pronto con una mujer que adoraba los lugares turísticos y saquear tiendas de ropa.

Volvió ante el lavabo y se miró de nuevo al espejo, como para cerciorarse de que seguía siendo él. Cogió la toalla y se la llevó a la cabeza.

«Espera... Espera un poco», se dijo.

No debía olvidarlo. Aquel día había sido especial y no bastaba una pelea con Serena para estropearlo. Sentía con todo su ser que era el inicio de una nueva existencia, sólo había que tener el valor de rebelarse. Y no era por la pregunta del concurso ni porque se le hubiera aparecido, como un presagio, un nubarrón con forma de cara de Satanás, ni porque Kurtz lo hubiera llamado para proponerle que fuera representante de su secta. Era por aquel *no*. Era algo valiosísimo, que no había que desperdiciar. Era la primera vez que decía NO, un verdadero NO.

Si abandonas la secta, que sepas que tu vida no será ya más que una larga sucesión de síes. Que languidecerás lentamente en medio de la general indiferencia como un cirio en una tumba olvidada. Si ahora depones la Durandarte y te acuestas en el sofá, no volverá a haber misas negras, orgías satánicas ni pintadas en los viaductos. No volverás a cenar con tus amigos. Nunca jamás. Y tampoco lo echarás de menos porque estarás demasiado deprimido para ello. Decide ahora. Decide si eres el esclavo de tu mujer o eres Mantos, el sumo maestro de las Bestias de Abadón. Decide quién cojones eres.

Se quitó la toalla de la cabeza, apuró la botella de Jägermeister, cogió la máquina para cortar el pelo y se rapó al cero.

16

Acabado.

Fabrizio Ciba bajaba a todo gas Monte Mario, inclinándose a derecha e izquierda como Valentino Rossi. Estaba fuera de sí. Aquellos sinvergüenzas de Martinelli creían que estaba acabado y querían hacerle la cama, a él, que los había salvado de la quiebra, que había vendido más que el resto de los escritores italianos juntos, que había sido traducido a veintinueve idiomas, entre ellos el swahili y el ladino.

—¡Y además os lleváis el veinte por ciento de las ventas en el extranjero! —exclamó, y adelantó, casi cortándolo, a un Ford Ka.

Si pensaban que podían tratarlo como a una monja bulímica, se equivocaban.

—¿Qué os creéis? Me quieren todos. Y veréis cuando publique mi nueva novela, cerdos, más que cerdos.

En viale delle Milizie empezó a zigzaguear entre los coches, se metió en el carril bus y se detuvo con un largo frenazo ante un semáforo rojo.

Tenía que buscarse otra editorial. Y, después, largarse de aquel puto país. *Italia no me merece*. Podía irse a Edimburgo y vivir entre los grandes editores escoceses. No escribía en inglés, pero daba igual, alguien le traduciría los libros.

Alice.

Y se imaginó con la traductora en un *cottage* escocés; ella, desnuda, traduciendo; él, preparando un plato de rigatoni con queso y pimienta. La llamaría al día siguiente para excusarse.

Una gota de agua gorda como un grano de café le cayó en la frente, seguida de otra en un hombro, y de otra en una rodilla, y de otra...

—¡Nooo!

Estalló el aguacero. La gente corría por las aceras en busca de refugio, se abrían paraguas. El viento azotaba los plátanos que flanqueaban la calle.

Fabrizio decidió continuar: su agente vivía cerca, se daría una ducha caliente y juntos planearían el contraataque.

Llegó a la carretera que bordea el Tíber. Millones de vehículos quedaban atascados en el túnel, todos pitaban. La lluvia batía en las chapas, en el asfalto... El reverbero de los faros deslumbraba.

¿Qué coño pasa?

Viernes noche + peña de fiesta + lluvia = centro colapsado toda la noche.

Fabrizio detestaba los viernes por la noche. Hordas de bárbaros provenientes del Prenestino, de Mentana, de Cinecittà, de Castelli, de los barrios del extrarradio, tomaban a saco el centro histórico, Trastévere y Pirámide, en busca de pizzerías, pubs irlandeses, restaurantes mexicanos y bocadillerías, todos decididos a divertirse.

Echando pestes, el escritor se lanzó también al atasco. Pero no avanzaba. La moto no cabía entre los coches. Se subió a la acera, pero también por allí era difícil circular. Había automóviles aparcados por todas partes, sin orden ni concierto, como cochecitos de un niño mimado. Calado hasta los huesos, llegó a una especie de callejón que iba a dar a un lago que los coches surcaban como lanchas motoras, levantando olas. Respiró hondo y se lanzó a él. Recorrió los primeros veinte metros salpicando agua a raudales. Las ruedas se hundieron en un líquido oscuro y frío. Avanzaba más despacio. El agua cubría los bajos de la moto y le llegaba a los tobillos. El motor empezó a

pistonear. Cual bestia herida, el escúter avanzaba a trompicones, con un petardeo desesperado. Fabrizio imploraba entre dientes:

—¡Va, coño, me cago en la puta! Venga, que tú puedes...

Pero, con un último estertor, la moto murió en el punto más profundo.

Fabrizio Ciba desmontó maldiciendo. El agua le llegaba por encima de los tobillos. Los pies le chapoteaban en los zapatos. Empezó a darle patadas a la moto. Parecía mentira que la humanidad, la mecánica y la naturaleza se hubieran puesto de acuerdo para, en cuestión de cuarenta minutos, hacerle la vida imposible.

Los coches, llenos de monstruos rapados y tatuados que lo señalaban, movían la cabeza y se reían, pasaban por su lado y lo duchaban.

Se miró. La chaqueta parecía un poncho que chorreaba, los pantalones estaban perdidos de barro.

Cabizbajo, temblando, sacó la moto del charco. El agua de lluvia se le colaba por el cuello y resbalaba espalda abajo y por entre las nalgas. No sentía los pies. Abandonó la moto y echó a andar.

Suerte que su agente no vivía lejos. Pasaría la noche en su casa. Le pediría que le preparase una manzanilla con miel, se tomaría un par de aspirinas, se dejaría sosegar y mimar, y se dormiría aferrado a las tetas calientes de ella, que lo arrullaría diciéndole que darían por culo a Martinelli.

Reconfortado por aquellos pensamientos, siguió avanzando contra el viento. La lúgubre silueta de Castel Sant'Angelo se veía envuelta en agua. Cruzó el puente de los ángeles. El río crecido bramaba bajo sus pies y se encañonaba entre los pilares.

En la otra orilla había una pared de chapas que parecía una serpiente rechinante e inquieta. Las bocas de alcantarilla vomitaban torrentes de agua gris que fluían impetuosos por los bordillos. En las bocacalles que conducían al centro histórico había agentes de tráfico con impermeables amarillos y señales tratando de encauzar la afluencia de vehículos. Aquello parecía el éxodo de una ciudad tras una amenaza de bombas.

Abriéndose paso entre los coches, Fabrizio tomó la primera callecita que le vino a mano y salió a una plazuela. Allí había dos conductores disputándose un sitio libre a empujones, mientras las novias, rubias las dos, las dos vestidas como modelos de Versace, asomadas por la ventanilla, se desgañitaban diciéndoles:

—¡Enrico! ¿No ves que es un capullo! ¡Déjalo!

—¡Franco! Pasa de él, olvida al mierda ese.

Fabrizio pasó de largo y entró en via dei Coronari.

¡Qué pesadilla!

Pero se acabó; había llegado.

—¿Conque no quieres hacer el amor conmigo?

Serena abrió un ojo. Para conciliar el sueño se había tomado veinticinco gotas de somnífero. Irguió un poco la cabeza y vio la silueta oscura de su marido recortándose en el umbral del dormitorio.

—¿Qué quieres? —murmuró, notando el sabor dulzón de las benzodiazepinas en la lengua medio dormida—. ¿No ves que estoy durmiendo? ¿Quieres pelea?

—Has dicho que no quieres hacer el amor conmigo.

—Olvidalo. Déjame en paz, anda. —Y dejó caer la cabeza en la almohada. Pero, pese al sueño, una parte de su cerebro no dejó de advertir que Saverio había empleado un tono distinto, resuelto. Y no era típico de él afrontar las cosas de manera directa. *Estará borracho, el imbécil.* Y buscó en el cajón de la mesita el antifaz y los tapones. Se había pasado todo el día dando vueltas por Roma en busca de un torno de alfarero y estaba molida. No tenía ganas ni de reñir.

—Dilo, di otra vez si te atreves que no quieres hacer el amor conmigo.

—No quiero hacer el amor contigo. ¿Contento? —Encontró el antifaz.

—Prefieres que te follen los transportistas, ¿a que sí?

Eso ya era demasiado. No podía callarse. Se incorporó y replicó:

—¡A ti qué te pasa! ¿Cómo te atreves? Yo te... —Pero no pudo continuar porque, pese a que la luz del pasillo le daba en los ojos, le pareció que Saverio iba desnudo y... *No, no es posible... ¡Si se ha rapado al cero!* Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¿Sabes lo que me dicen cuando voy al almacén? Que podrías ser una actriz porno. Y en el fondo no se equivocan, vista la ropa que llevas. ¡Qué puta eres! Eres tan puta que dices que follar es vulgar, pero te operas las tetas. —Y se echó a reír destempladamente.

Serena estaba petrificada. Ni siquiera respiraba, el corazón le daba brincos en el pecho y la sangre le batía en las venas. Algo le pasaba a su marido. No era que de pronto se hubiera puesto celoso o se hubiera rapado el pelo, con ser éstos síntomas preocupantes. Lo que la aterraba era la voz. Le había cambiado. No parecía la suya. Sonaba profunda y siniestra. Y aquella risa perversa, de psicópata, de poseso.

Serena Mastrodomenico siempre había sabido que, el día menos pensado, su marido estallaría. Era un frustrado. Un hombre reprimido, siempre condescendiente, sumiso, amable con todos. A ella le gustaba así. Le recordaba esos jamelgos que se pasan la vida tirando del carro y recibiendo palos y mueren reventados de cansancio. Pero sabía que la procesión iba por dentro, que su marido era un resentido y se reconcomía noche y día. Ella se divertía pinchándole, para ver hasta qué punto tragaba. En diez años de matrimonio no había conseguido hacerle reventar.

Y toca hoy, mierda. Se acordó de una película que contaba la historia de un empleado modelo con una familia perfecta que, atascado un día en el tráfico, perdía los nervios y empezaba a matar gente con una escopeta de repetición. Su marido era de éstos.

Saverio se acercó a la cama despacio.

—Tú no me conoces, Serena. No tienes ni idea de lo que soy capaz. Crees que lo sabes todo, pero no sabes nada.

Al ver que su marido empuñaba el espadón, Serena profirió un grito y se pegó a la pared.

—¡Calla! ¡No grites, que despiertas a los críos! Y hablando de los críos... ¿Qué te crees, que no sé por qué quisiste la fecundación in vitro? No era por la edad. No creas que me tragué esa chorrada. ¡Es porque te doy asco! —Saverio enarboló la espada, irguiéndose en toda su desnudez—. ¿Tanto asco te doy?

Serena Mastrodomenico no era una entendida en síndromes psicóticos, aunque había estudiado dos años de psicología. Pero la sabiduría popular aconseja dar la razón a los locos. Y ésa era la actitud que más convenía en aquel momento.

—No... No..., no me das asco —balbució, sorprendida de que le quedara aliento para hablar—. Escúchame, Saverio. Deja esa espada. Siento lo que te he dicho. —Tragó saliva—. Sabes que te quiero...

—No, por favor, eso sí que no me lo creo... ¡Ja, ja, ja! —la interrumpió él, presa de una risa convulsa—. ¿Que me quieres? Desde que nos conocemos, es la primera vez que me lo dices. Ni cuando te regalé la alianza me lo dijiste. Me preguntaste si se podía cambiar. —Volvió la cabeza hacia la ventana, como dirigiéndose a alguien que hubiera allí—. ¿Ves? ¿Ves lo que hay que hacer para que te quiera tu mujer? ¡Y que luego digan que el matrimonio está en crisis!

Tenía que escapar. La ventana que daba al balcón estaba cerrada y las persianas bajadas. Y aunque hubiera podido salir por allí, era un tercer piso y abajo tenían la explanada de cemento del aparcamiento. Y si gritaba pidiendo ayuda, seguro que él la acallaba de un espadazo. Lo único que podía hacer era pedir clemencia y apelar al Saverio bueno de antes, que en algún sitio debía de estar oculto, dentro de la mente enferma de aquel esquizofrénico.

Pero eso era inconcebible. En cuarenta y tres años, Serena nunca había pedido clemencia. Ni siquiera cuando las monjas le pegaban con la palmeta en los nudillos. El carácter de Serena Mastrodomenico se había forjado en la rígida ética luterana de los Maestros de Hacha Tirolese. Su padre, que se había pasado la juventud trabajando de aprendiz en una carpintería de Brunico, le decía que las maderas nobles se romperán, pero no se doblan.

(Y tú, mi vida, eres dura y noble como el ébano. Y no permitirás que nadie te tome por el pito del sereno. Ni tu marido. Prométemelo.)

Sí, papáito, te lo prometo.

¡E iba a pedirle clemencia a aquel mierda, a aquel fracasado, a aquel chupóptero, a aquel loco de Saverio Moneta, hijo de un modesto empleado de la Osram y de un ama de casa ignorante! A ella, que lo había pulido, que le había permitido meterse en su lecho, que había acogido su podrido semen para darle hijos, ¿la amenazaba ahora con una espada?

Echó mano del despertador de la mesita y se lo arrojó con rabia.

—¡Toma, cabrón! ¡Mátame! Mátame si tienes valor. No te tengo miedo, ¡gusano sin huevos! —Y le hizo señas de acercarse.

El edificio en el que vivía Margherita Levin Gritti era vetusto y señorial y tenía un gran zaguán.

Fabrizio Ciba pulsó uno de los timbres del interfono dorado. Sobre el objetivo de la cámara se encendió un pequeño foco. Dando diente con diente, esperó medio minuto y volvió a tocar. Miró el reloj. Pasaban diez minutos

de la medianoche.

Por puro cálculo de probabilidades, pensó Fabrizio, era altamente improbable que la agente no estuviera en casa. No era posible que ocurrieran tantas desgracias seguidas. Hubiera sido como tirar los dados y que saliera diez veces siete.

Siguió tocando el timbre.

—¡Contesta! ¡Contesta! Despierta.

Y, gracias a Dios, contestó una voz:

—¿Quién es? ¿Eres tú, Fabrizio?

—Sí, soy yo. Abre —dijo al ojo de la cámara.

—¿Qué quieres a estas horas? —La voz estaba desconcertada.

—Deja que suba, estoy empapado.

Tras un momento de silencio, dijo la agente:

—No puedo... Esta noche no, perdona.

—¿No por qué? —Fabrizio no daba crédito a sus oídos.

—Lo siento...

—Mira, me ha pasado algo tremendo. Martinelli quiere echarme. Abre —le ordenó—. No quiero follar.

—Pero yo estoy follando.

—¿Que estás follando? ¡Imposible!

—¿Imposible por qué? ¿Por qué lo dices? —La voz de la gente se amoscaba.

—Por nada, por nada. En fin, no importa, abre de todas maneras. Te explico dos cosas, me seco y pido un taxi.

—Pídelo con tu móvil.

—Sabes que no tengo móvil. Oye, deja un momento de follar y luego sigues. ¿Qué más te da?

—Fabrizio, no sabes lo que dices.

Ciba se sintió acometido de una rabia visceral.

—Tú sí que no sabes lo que dices. ¡Mírame, coño! —Abrió los brazos—. Estoy chorreando, no quiero coger una pulmonía. ¡Me siento fatal! ¡Abre la maldita puerta, me cago en la puta!

—Lámame mañana por la mañana —replicó la agente con voz firme.

—¿Así que no me abres?

—No, no te abro.

Fabrizio Ciba explotó:

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que te vayas a la mierda! Tú y la pobre poetisa esa, ¿qué te crees, que no sé que es ella? ¿Cómo coño se llama...? Como sea... ¡Que os den por culo a las dos, gordas, tortilleras de mierda! Estás despedida.

Y echó a andar dando puntapiés a los coches aparcados.

¡Qué mujer! ¡Qué leona!

Saverio Moneta siempre había sabido que su mujer tenía un par de huevos, pero no creía que tanto. Se batía incluso a riesgo de perder la vida. Por eso se había casado con ella. Su padre, su madre y todos sus parientes (incluidos los de Benevento, que sólo la vieron una vez) supieron que no era mujer para él; que era una niña mimada que lo sometería, lo pisotearía, lo trataría como a un criado. Pero él no escuchó a nadie y se casó.

Le puso la espada en la garganta.

—¿Así que no tienes miedo?

—¡No! ¡Me das asco! —le escupió Serena.

Saverio se limpió la mejilla sonriendo.

—Conque te doy asco... —Introdujo la punta de la Durandarte en el primer ojal del camisón y con un golpe seco hizo saltar el botón.

Serena, hecha un ovillo, parecía dispuesta a arañarlo con sus uñas pintadas de rojo.

—Te mato. —Saverio hizo saltar el segundo botón del camisón. Las tetas, gordas como melones, con los pequeños y oscuros pezones endurecidos por el miedo, se mostraron en todo su sintético esplendor.

—¿Qué haces? ¡Asqueroso! Ni se te ocurra —susurró Serena, con unos ojos entornados que parecían dos rayas

negras.

Saverio le puso de nuevo la hoja en la garganta y la obligó a recostarse contra la cabecera de la cama.

—¡Calla! ¡No hables! No quiero oírte.

—Das asco.

Saverio la cogió del pelo y le hundió la cabeza en la almohada, arrojó la espada y con la mano derecha le apretó el cuello, como se hace con las serpientes venenosas; por fin se dejó caer sobre ella con todo su peso.

—¿Y ahora qué? Ahora ya no puedes moverte. Ni puedes gritar. ¿A que tienes miedo? Di que tienes miedo.

Serena no daba su brazo a torcer:

—A mí nadie me da miedo.

Saverio notó que tenía una violenta erección y que la deseaba locamente.

—Ahora verás... —Le arrancó las bragas y le dio un mordisco en una nalga—. Ahora verás quién manda aquí.

De la almohada salió una exclamación ahogada:

—¡Inténtalo y juro por nuestros hijos que te mato!

—¡Pues mátame, mátame si quieres! Total, para lo que me importa esta vida de mierda. —Le abrió las piernas y le metió la mano entre los muslos, se hizo espacio y la penetró de una, hasta el fondo de aquellas entrañas ardientes.

Serena se revolvió como una gata furiosa, liberó un brazo y le propinó un zarpazo en el costado que le dejó cuatro arañazos sangrantes.

—¡Me estás violando, cerdo! Te odio... No sabes cuánto te odio...

Saverio, enardecido por el dolor, arremetía más y más fuerte. Se mareaba, le zumbaban los oídos.

Serena había conseguido levantar la cabeza de la almohada y gruñía:

—¡Para! Me das asco... Me haces... —Pero se interrumpió, y enarcando la espalda se ofreció más.

Saverio supo que había vencido. La muy puta estaba gozando. ¡Era su día!

Pero había un problema. A aquel ritmo frenético no aguantaría mucho. Sentía que el orgasmo le corría por los tendones de las piernas, le tensaba los músculos de los muslos y, ajeno a su voluntad, se dirigía derecho al ano y a los testículos. Pensó en Sting: el hijoputa de Sting podía follar cuatro horas seguidas sin correrse. ¿Cómo lo hacía? Recordó que el artista inglés declaró en una entrevista que seguía una técnica aprendida de unos monjes tibetanos... Al parecer era cosa de la respiración.

Apoyando una mano en la paletilla de su mujer y la otra en la pared, empezó a inspirar y espirar como si fuera una bomba, procurando aminorar el ritmo.

Debajo, Serena se retorció como la cola mutilada de una lagartija.

La agarró de nuevo del pelo y le apretó una teta.

—¿Te gusta? ¡Dilo!

—No, no, no me gusta. Me da asco. —Pero no parecía que le diera asco—. Eres un cabrón, un cerdo cabrón. —Soltó un manotazo en el colchón y alcanzó el despertador, que rompió a cantar *She's Always a Woman* de Billy Joel.

Era otra señal inequívoca de que Satanás estaba de su parte. Saverio predicaba a sus discípulos el amor a los Sepultura y a los Metallica, pero secretamente adoraba al viejo Billy Joel. Nadie escribía canciones tan románticas.

Y siguió acometiéndola con renovado vigor.

—¡Te rompo!... Juro que te rompo. Toma esto, zorra. —Y le metió el dedo por el culo.

Serena se puso tensa, estiró las piernas y los brazos, irguió la cabeza, lo miró con una mueca de dolor y al fin se rindió suspirando con un hilo de voz:

—Me corro... Me corro, cabrón, maldito cabrón.

Saverio no se contuvo más; relajó los muslos y se corrió con la boca abierta. Exhausto, bañado en sudor, se desplomó sobre el cuerpo de Serena, hundió la cara en su pelo y dijo jadeando:

—¡Y ahora dime que me quieres!

—Sí, te quiero. Pero ahora déjame dormir.

Fabrizio Ciba renunció a encontrar taxi en Corso Vittorio Emanuele. La larga avenida estaba repleta de coches, que palpitaban con la música de sus potentes altavoces. En una esquina vio un bar iluminado y se metió en él.

Dentro hacía un calor asfixiante y flotaba un olor a sudor que mareaba. La gente abarrotaba el angosto recinto y bailaba subida a la barra y a las mesas, al ritmo de una salsa atronadora que tocaba una banda de caribeños posesos.

Se le plantó delante un tipo bajo con un flequillo rubio y una camiseta de tirantes que llevaba en la cintura una especie de canana de pistolero, con vasitos en lugar de balas, y en la mano una botella.

—Vaya facha. Tómate un buen tequila, bang, bang; te sentará bien.

Fabrizio se tomó uno de un trago. El alcohol le caldeó las heladas entrañas.

—Más.

El camarero le sirvió otro, que también apuró de un trago.

—¡Ahhh! Mejor. ¡Otro!

—¿Seguro?

Fabrizio contestó que sí; puso en la barra un billete de cincuenta euros empapado.

—Sirve y calla.

El camarero sacudió la cabeza pero obedeció.

Se sopló el tequila con una mueca de asco. Miró al muchacho y le dijo:

—Soy Fabrizio Ciba y tengo un... —Se interrumpió. En los ojos del enano se pintaba un vacío sideral: no tenía ni la más remota idea de quién era Fabrizio Ciba. Lo miraba como miraría a un vagabundo borracho—. ¿Hay por aquí un teléfono?

—Aquí no. En piazza Venezia habrá cabinas.

De acuerdo, se dijo el escritor; debía recurrir al método que usaba con los tontos.

—Mira, te doy otros cien euros si me llevas a via Mecenate. No queda lejos, pasado el Coliseo.

El del flequillo se encogió de hombros.

—¡Ojalá pudiera! Pero tengo que trabajar.

—¡No seas tonto! ¡Tampoco te pido nada del otro mundo!

El camarero sirvió un chupito y lo dejó en la barra con brusquedad.

—Toma, a éste invita la casa, pero luego, aire. De buen rollo.

Fabrizio apuró el chupito y se limpió la boca con la manga.

—Aquí nadie ayuda al que está jodido, ¿eh? —Retrocedió dos pasos y pisó a alguien.

—¡Ay! —se quejó una voz femenina—. ¡El idiota este me ha pisado el dedo gordo!

Fabrizio quiso mirar a la desconocida pero las luces de la barra lo deslumbraban. Levantó la mano en señal de excusa pero una voz masculina le ladró:

—¡Vale, tío!... Ya la has jodido. ¿Ves lo que le has hecho?

—¿Y qué? No lo entiendo... ¡Si es un callo!... ¿No se supone que los callos no duelen? —Cerró los ojos, advirtió que la música había cesado—. Supongo que ninguno de los señores... —No pudo continuar. Tenía que sentarse. Abrió los ojos y el local y todas aquellas caras borrosas empezaron a dar vueltas—. ¡Qué horrible es vuestro mundo...! —balbució; quiso cogerse del camarero y se desplomó entre las piernas de la gente.

—¡Echad a ése!

—¡Ya está bien!

—¡Siempre la misma historia!

—Está bien... —Se levantó, ayudado por alguien.

Y sin darse cuenta se halló en la calle, bajo la lluvia. El frío y el agua lo despabilaron, recobró cierta lucidez. Andaría aquel kilómetro y medio bajo la lluvia.

Llegó a la piazza Venezia casi sin ver, con las piernas temblando, y la cruzó sin preocuparse de los coches que pitaban y frenaban en seco. Se halló ante la via dei Fori Imperiali; parecía infinita. Allá al fondo, como un espejismo, relucía, envuelto en agua, el Coliseo. La lluvia fustigaba los característicos adoquines romanos, que reverberaban con los faros de los coches.

Sólo tenía que seguir recto.

Pero tengo que vomitar.

Iba pensando en el sinvergüenza de Gianni, que le daba una cuchillada por la espalda; en la zorra de su agente, que no le había dejado subir, y en los mierdas del bar.

Mañana... me busco otro agente... y envío un buen email... a la editorial.

Veía el Coliseo más y más cerca; parecía un enorme panetón iluminado.

Aunque estaba agotado, Fabrizio sacó fuerzas de flaqueza y aceleró el paso.

Dejo Martinelli.

Sintió que le faltaba el aire y como si una garra helada le desgarrase el pecho.

¡Dios...!

Miró al cielo, alargó la mano como para agarrarse a algo, tropezó y tuvo la impresión de que la acera se plegaba y le golpeaba en el pómulo.

Se dio cuenta de que estaba tirado en el suelo, a punto de desmayarse. La punzada de dolor se había extendido al brazo izquierdo. Vomitó un líquido ácido y alcohólico que se diluyó en un charco.

Infarto.

La cabeza se le antojaba una bola en llamas. Los oídos le zumbaban ensordecedores. El Coliseo, la calle, las luces, la lluvia, le daban vueltas fundidos en espirales luminosas.

Intentó levantarse, pero las piernas no lo sostuvieron y se desplomó de nuevo. Entonces se arrastró hacia la acera, sintiendo pasar al lado los coches que ni siquiera reducían. Levantó una mano y susurró:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Por favor... ¡Ayudadme!

Fabrizio Ciba, el escritor del superventas mundial *La fosa de los leones*, el presentador del programa cultural *Crimen y castigo*, el tercer hombre más sexy de Italia según la revista *Yes*, comprendió que nadie pararía a socorrerlo, que moriría en medio de su propio vómito, al pie de los Foros Imperiales. Se imaginó la foto de su cuerpo tendido en el suelo, con las ruinas romanas al fondo.

Saldrá en todos los periódicos. ¿Qué escribirán? Como Janis Joplin.

El brazo le cayó blandamente al suelo. Allí quedó Fabrizio, preguntándose por qué, por qué le pasaba a él.

No he hecho nada malo.

Todo se le volvía más y más borroso. No veía más que puntitos de color lila.

Recostó la cabeza y cerró los ojos.

21

El matrimonio Moneta yacía en la cama. Fuera, el temporal empezaba a amainar.

Saverio miró a su mujer: dormía dándole la espalda, con el antifaz puesto.

Serena le había dicho que lo quería después de hacer el amor. No debía creérselo. Serena era menos de fiar que un escorpión. Para obligarla a decirlo había tenido que violarla.

Pero al final se ha corrido.

Era una debilidad de Serena que le costaría cara.

Mañana, cuando recapacite, se pondrá hecha una fiera. Se volverá más egoísta, prepotente e insensible. Hasta podría contárselo al viejo.

Con todo, no podía odiarla. Le había costado trabajo no decirle: «Yo también te quieto. ¡No sabes cuánto! Más que nada en el mundo.»

Pero ahora, en frío, pensaba de otra manera. Aquel *no* seguía rondándole la cabeza. El estadio de gusano sin huevos se había acabado. La metamorfosis se había consumado y ahora no tenía más que desplegar las alas y echar a volar.

Había hecho una promesa a las Bestias y la mantendría. Sacrificarían a Larita a Satanás y se convertirían en la secta más famosa del mundo. Ya demostraría Saverio Moneta a todos qué clase de enfermo mental era él.

Los arrestarían, eso era seguro. Y la idea de pasarse el resto de su vida en la cárcel lo aterraba. Había gente malísima allí dentro. Asesinos, mafiosos, verdaderos psicópatas. Aunque, claro, él entraría en la cárcel como Mantos, el señor del Mal, el monstruo que le había cortado la cabeza a la cantante Larita y se había bañado en su sangre, y seguramente le tendrían miedo y no se meterían con él.

Aunque... quizá no... ¿Y si son todos fans de Larita, y me liquidan como al pobre desgraciado de Jeffrey Dahmer?

Sí, ir a la cárcel era una putada.

A menos que...

Sonrió en la oscuridad. ¡Tenía una idea!

Saltó de la cama, abrió el armario, cogió un chándal negro que había comprado pensando en ir a correr, lo que nunca hizo, se lo puso, se encasquetó la capucha, y salía de la habitación cuando oyó que Serena mascullaba:

—¿Adónde vas?

—Tú duerme.

22

—¿Necesita ayuda?

... *¿Qué?*

—¿Me oye? ¿Me oye?

... ¿Qué? ¿Quién?

—¿Se encuentra bien?

Una voz. Una mujer.

Fabrizio Ciba abrió los ojos con esfuerzo.

—Me siento mal... Ayúdeme... Por favor. —Asió el tobillo de una figura negra que tenía enfrente.

—¡Válgame Dios! Si es usted... el escritor... ¡Claro, Fabrizio Ciba! ¿Qué hace aquí tirado? ¡Qué emoción conocerlo!

—Sí... Ciba... Soy yo... ¡Soy Fabrizio Ciba! Por favor, ayúdeme, lléveme...

—¿Al hospital?

Con la poca lucidez que le quedaba, Fabrizio comprendió que si lo llevaba al hospital acabaría siendo noticia en todos los periódicos, y lo tildarían de borracho o cosas peores.

—No, no, a mi casa, lléveme a mi casa... Via Mecenate...

—Ya, ya, ahora mismo. Que sepa que es usted mi escritor preferido, mucho mejor que Saporelli. He leído todos sus libros. *La fosa de los leones* me ha encantado. ¿Puedo pedirle un autógrafo? Aunque no tengo el libro aquí.

Fabrizio sonrió. ¡Cuánto amaba a sus lectores!

—Ahora lo monto en mi coche.

Notó que lo cogía por las axilas. Vio un coche con las puertas abiertas. Se dejó arrastrar y ayudar a subir en los asientos traseros.

Sigo siendo el mejor, no estoy acabado..., se dijo antes de perder el conocimiento.

23

Zombi, Murder y Silvietta se encontraban en vena cinéfila.

Estaban arrellanados en el sofá pasándose un chilum hecho con una botella de agua mineral en cuyo culo se veía una solución grisácea de vodka y humo, y que tenía un agujero por el que habían introducido el canuto de un Bic con un porro de dos papeles. Acababan de ver *El exorcismo de Isabella* y estaban entusiasmados; los tres pensaban que era superior a la tan aclamada *El exorcista*: para empezar, estaba basada en hechos reales, y para ellos las historias basadas en hechos reales eran mejores que las inventadas. Luego, arrancaba con una escena estupenda: Isabel, la hija de una familia pobre de campesinos tejanos, se comía un conejo vivo. Era una película original y llena de frescura, y se veía que tanto el director como los actores habían dado lo mejor de sí, a pesar de ser una producción de bajo presupuesto.

Silvietta empezó a liar otro porro; era la liaporros oficial del grupo.

—¿Y tú crees, Zombi, que es también mejor que *La profecía*?

Zombi bostezó.

—Buena pregunta... No sabría decir...

Silvietta también bostezó.

—Vaya colocón llevo. Este chocolate es la hostia.

Murder se incorporó y se desperezó.

—¿Y si nos fuéramos a acostar?

La vestal lamió la tira de cola del papel y con un movimiento técnico selló el porro y lo encendió.

—Vale, fumémonos el peta de las buenas noches. —Y empezó a ordenar los CD de heavy metal, las revistas de tatuajes y las bolsas pringosas de flores de calabaza fritas y olivas ascolanas que había esparcidas por el suelo. Cuando fumaba mucho hachís, le entraba el síndrome del ama de casa—. Zombi, ¿por qué no te quedas a dormir?

—Pues... No sé... Mejor que no —dijo Zombi, buscando las botas—. Mañana por la mañana tengo que acompañar a mi madre a hacerse un análisis.

No era cierto; pero le tocaba dormir en aquel sofá que tenía los muelles descompuestos y además le jodía hacer siempre de tío sin mujeres, lo que en verdad era. Aquellos dos decían que detestaban a los enamorados, a las parejitas pegajosas y todas esas tonterías románticas tipo día de San Valentín, pero en cuanto podían iban a la suya y pasaban de él.

¿Qué les costaba dejarle dormir con ellos en la cama? No es que quisiera hacer un *ménage à trois* (aunque tampoco le importaría, la verdad), pero ¿no habían hecho el juramento de hermandad satánica? Y, por cierto, no entendía qué le encontraba Silvietta a aquel burro de Murder. Él era mil veces más interesante. Sí, vale que tenía el problema de la esofagia gástrica, pero con la medicación casi se le había ido.

Zombi encontró una bota.

–No... Mejor me voy.

Murder se levantó con sus cien kilos de grasa y abrió el frigorífico de la diminuta cocina.

–Tú mismo.

Silvietta abrió la ventana para ventilar el cuarto. Ya casi no llovía. Se quedó un momento contemplando la noche y luego se volvió y preguntó:

–¿Qué creéis vosotros que va a proponernos Mantos?

Murder sacó un frasco de mayonesa y lo examinó.

–Yo creo que ni él mismo lo sabe, no le quedan ideas. ¿Os habéis fijado en la cena? Estaba como un flan... Ya os dije que tendríamos que habernos pasado a los Hijos del Apocalipsis, como Paolo. ¡La de orgías y sacrificios que habrán hecho ya!

Zombi se ató los cordones.

–Están en Pavía. Muy lejos. Y yo tengo que trabajar.

Murder metió un dedo en la salsa amarilla y se lo llevó a la boca.

–Que no te enteras, tío. Los Hijos del Apocalipsis organizan raids los fines de semana. Tú sales el viernes, vuelves en tren el domingo por la noche y el lunes estás trabajando.

Silvietta se arregló el pelo.

–Es verdad... Pero ir y venir te cuesta una pasta.

Zombi se rascó la mandíbula.

–Y más os digo: Saverio no tiene el carisma de Kurtz Minetti, y no digamos de Charles Manson. Admitámoslo: ¡las Bestias de Abadón están muertas!

–Nunca nacieron –lo corrigió Murder.

–¡No! No es verdad. –Silvietta vertió un chorro de lavavajillas en el fregadero–. Saverio está pasando una mala racha, ya sabéis los problemas que tiene en casa. Yo confío en él, nunca lo abandonaré. Si no hubiera sido por él, yo nunca habría entrado en las Bestias y no os habría conocido. Además, estábamos de acuerdo en darle otra oportunidad.

–Sí... Es verdad. Se lo debemos –dijo Zombi, poco convencido.

Sonó el interfono.

Murder miró a los otros dos:

–¿Quién pelotas...?

Silvietta resopló.

–Será la vieja de abajo.

–¿Y qué quiere?

–Dice que cuando hablamos se oye todo. El otro día, en la reunión de la comunidad, no hizo más que quejarse.

Murder bajó la voz:

–¿Y qué quiere que hagamos? ¿Que nos estemos callados?

–No. Pero Murder, amor, te he dicho mil veces que hables más bajo.

–¿Yo? Aquí el único que habla alto es él.

Zombi se llevó la mano a la frente:

–Ea, la culpa siempre es mía.

Sonó de nuevo el interfono.

Silvietta se acercó al aparato.

–¿Qué hago? ¿Contesto? ¿Y qué le digo?

Murder se encogió de hombros.

–Dile que no nos toque las pelotas.

Silvietta dio un suspiro y descolgó el auricular.

–¿Sí? –Escuchó un momento y apretó el botón–. Vale, abro.

Murder escondió a escape el chilum.

–¿Eres tonta? ¿Y la dejas subir?

Silvietta abrió la puerta.

–Es Saverio.

Un minuto después se presentaba el líder de las Bestias de Abadón. Vestía de negro, llevaba unas gafas de sol puestas y el pelo cortado al rape.

Zombi le fue al encuentro.

–Saverio, ¿qué te has...?

Mantos le impuso silencio, se quitó las gafas con ademán teatral y los miró uno a uno:

–Sé que pensáis que el gran Mantos está acabado, que la familia y el trabajo lo han entontecido...

Murder humilló la cabeza con aire culpable.

–Precisamente tú, Murder –le dijo mirándolo con decepción–, que fuiste el primero al que di a leer las Tablas del Mal, que ni siquiera sabías cuáles son las cortes satánicas, tú no confías en tu maestro. Lo que une a esta secta es la fe en el Maligno. No olvides que es muy difícil entrar y muy fácil salir.

–Hombre, no, Saverio –balbució Murder–, no me digas eso... Tú sabes que...

El líder de las Bestias de Abadón se asomó un momento por la ventana.

–Desde hoy –dijo mirándolos de nuevo fijamente Saverio Moneta no existe, ha muerto esta noche de tormenta. Desde ahora sólo existe Mantos, el sumo maestro. ¿Qué día es hoy?

–Es 28 de abril, creo –respondió Silvietta.

–Recordad esta fecha. Este día hará época. Las Bestias salen de las tinieblas a la conquista de la luz. Este día pasará a la historia satánica y el mundo cristiano la recordará con horror. –El líder de las Bestias alzó los brazos–. Soy el padre carismático. Soy el lobo que siembra la muerte en el rebaño del Buen Pastor. ¡Soy el que ha tenido la Idea!

–Sabía que era grande –les dijo excitada Silvietta a los otros dos–. ¿Lo veis? Os lo había dicho.

–¡Habla, Mantos! –Murder extendió la mano hacia el recobrado padre carismático.

El líder bajó los brazos, sacó del bolsillo del chándal un CD y lo arrojó sobre la mesa que había delante del sofá.

Zombi dio un salto atrás como si hubiera visto una tarántula.

–Hostias, ¿un putito CD de Larita?

Mantos señaló el compacto.

–¿Sabéis dónde lo grabó? En Lourdes. ¿Y sabéis que su canción *King Karol*, dedicada a Wojtyła, lleva meses en los primeros puestos?

Murder hizo una mueca de asco.

–Traidora, se ha convertido al cristianismo. Es una enemiga de Satanás.

Silvietta se sentó en las piernas de su novio.

–Pero hay que entenderla. En *Gente* leí una entrevista en la que explica por qué abandonó a los Lord of Flies. Empezó a salir con Rotko, el cantante de los Remy Martin, y se metieron en la droga. Él sigue siendo un drogata, pero ella entró en la comunidad del cura Toniolo, tuvo una iluminación, dejó las drogas y se pasó a la música pop...

–Larita –la interrumpió Mantos– morirá a manos de las Bestias de Abadón. Ésa es la misión.

Se hizo un silencio sepulcral. En algún sitio aulló un perro.

Zombi empezó a rascarse la cabeza; Silvietta, a morderse las uñas. Murder se limpió las gafas con la camiseta y dijo:

–Eso es cosa seria, pero muy seria. No me lo esperaba.

–¿Y cómo lo hacemos? ¿Tienes algún plan? –preguntó Zombi.

Mantos bajó los brazos.

–Claro. Mañana hay en Roma una fiesta a la que están invitados todos los famosos de Italia. En esa fiesta actuará Larita. Nosotros trabajaremos de camareros. En el momento oportuno secuestraremos a Larita y derramaremos su sangre.

–Pero primero nos la tiramos, ¿no? –preguntó Zombi visiblemente excitado.

–Claro, antes toca orgía satánica. Pasado mañana las Bestias de Abadón saldrán en todos los periódicos del mundo. Esto es serio, no es como decapitar a una monja. Seremos héroes para los satánicos y enemigos para el resto del mundo.

Zombi se acariciaba el cuello.

–Pero nos pillarán seguro, Saverio. Y yo no quiero ir a la cárcel.

Mantos lo negó moviendo la cabeza.

–No irás.

–¿Cómo que no?

–Tranquilo. –El líder de las Bestias dio media vuelta lentamente, se puso en jarras y añadió–: Nunca nos pillarán, porque nos suicidaremos.

Las Bestias se observaron en silencio.

–Eh, un momento, Saverio –dijo al cabo Murder–, ¿no lo dirás en serio? ¿No es llevar las cosas demasiado lejos?

–En primer lugar, no volváis a llamarme Saverio. En segundo lugar, no temáis, la muerte será un licor dulcísimo para nosotros. Nos sentaremos a la derecha de Lucifer. –Mantos levantó los brazos–. Ahora arrodillaos y rendid honores al padre carismático.

Los tres se hincaron de hinojos.

Mantos se inclinó, tocó la cabeza de sus tres adeptos y con los ojos desorbitados rompió a reír.

Título de la edición original:
Che la festa cominci

Edición en formato digital: marzo de 2011

© de la traducción, Juan Manuel Salmerón, 2011

© Niccolò Ammaniti, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-33065

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

